

The background image is a photograph of a rustic interior. A simple wooden cross is mounted on a rough, light-colored wall. To the right of the cross, a wooden staff or pole leans against the wall. The lighting is dramatic, with a bright light source behind the cross, creating a strong silhouette and highlighting the texture of the wall and wood.

vr vida religiosa

Febrero 2023-número 2 vol.135

La vida consagrada busca su sitio

**¡Buscaré tu rostro,
Señor, tu rostro buscaré...!**

**D. Aleixandre:
Sueños e insomnios sobre la VC**

NOVEDADES



LECTIO DIVINA PARA TIEMPOS FUERTES CUARESMA Y SEMANA SANTA 2023 NO SOLO DE PAN

XABIER GÓMEZ GARCÍA, OP. Páginas 112. P.V.P.: 7 euros

Cuaresma y Semana Santa son tiempos muy propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas. La “lectura orante” del Evangelio de cada día para estos tiempos litúrgicos nos llega, de nuevo, de la mano del dominico Xabier Gómez García, del departamento de Migraciones de la CEE.

VIACRUCIS EN CONFIANZA

MONS. FERNANDO PRADO AYUSO. Páginas 64. P.V.P.: 5 euros

El *Viacrucis* no es una práctica dolorista, sino un camino de consolación. Estas meditaciones, escritas por el actual obispo de San Sebastián, son una preciosa ayuda para hacer el *Viacrucis* en familia o en comunidad, y también como ejercicio personal.



Para preparar Cuaresma y Semana Santa



**INTER
GENIES**

Desplegables al servicio
de la evangelización

Un proyecto para parroquias, templos,
santuarios, colegios, residencias universitarias,
residencias de mayores, hospitales, centros
pastorales...



Publicaciones Claretianas
Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267
Fax: 915 400 066 - publicaciones@publicacionesclaretianas.com
www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



L. A. Gonzalo DÍez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

La vida consagrada busca su sitio

Habría quien nada más leer el título niegue la mayor, para afirmar que la vida consagrada ya sabe cuál es su sitio. Sin embargo, no parece que la afirmación pueda ser generalizada ni generalizable.

Cuando hablamos de la vida consagrada y su memoria, solemos desplazarnos hacia márgenes tan perfectos y sublimes que, por serlo, están muy desconectados con el rostro real de lo que vivimos. Quizá lo honesto sea reconocer que, efectivamente, el proyecto de Jesús es sublime y, por serlo, es capaz de encarnarse en mujeres y hombres que, entre sombras, quieren vivirlo, celebrarlo y ofrecerlo. Y ahí estamos, y ese, indudablemente, es nuestro sitio incierto.

En todos los momentos de la historia, los consagrados

sintieron el impulso –buscando autenticidad– de volver a los orígenes. Y es indudable que los orígenes espirituales y carismáticos hablan de valores no contaminados: pobreza, arrojo, pasión por la misión y fraternidad feliz y gratuita. Esos orígenes no son otros que la proximidad y cercanía con quien en sus palabras y gestos anuncia Reino: Jesús. Considero que esa búsqueda sigue intacta. Está presente en las entrañas de cada mujer y hombre consagrado. Pero también voy percibiendo cómo identificamos, frecuentemente, fidelidad y proximidad con Jesús, con cualquier gesto voluntarista que no nos inquiete demasiado. Como si el tiempo actual de los consagrados hable más de conformarse que de arriesgarse, o como si aceptásemos un «premio de conso-

lación» porque no podemos aspirar a que el amor se pueda vivir sin glosa.

Mariano Sigman en su libro *El poder de las palabras* (2022), donde expresamente afirma que la vida puede cambiar conversando, recoge el testimonio del científico y Premio Nobel en 1965, Richard Feynman. Su método consistía en «elegir y definir bien un problema de estudio. Pensarlo. Explicárselo a otra persona, idealmente un niño. Encontrar todos los lugares donde la explicación no fluye. (...) Una vez detectados, volvemos a estudiarlos y repetimos la explicación hasta que fluya de manera impecable. Solo cuando eso sucede, hemos entendido el problema».

Me reafirmo en que la vida consagrada tiene que encontrar, para este ahora, su

sitio. Ese sitio no es nuestra historia, ni nuestras historias que bien sabemos no son tan gloriosas. Necesitamos encontrar el sitio contemporáneo del Espíritu, el que nos dice por qué un estilo de vida tan especial, original y único sigue siendo necesario y anuncio de algo nuevo. Siguiendo a Feynman quizá solo tengamos que aprender a escucharnos... ¡Y digo solo! Al compartir lo que son nuestras «verdades» probablemente nosotros mismos caigamos en la cuenta en qué no fluyen, o no son tan veraces o tan fuertes. Solo necesitamos interlocutores, lo que acertadamente

llamamos hermanos o hermanas capaces de escuchar. Estos, a su vez, podrán relatar sus verdades, tan endeble como las nuestras, pero que, en ellas, gracias a nuestra escucha van a encontrar sus fortalezas y debilidades.

La clave es un cambio de estilo. Compartir, dialogar y, mucho más, discernir, no puede reducirse a un enfrentamiento o batalla, sino a un descubrimiento. ¡Cómo cambiaría la situación de la vida consagrada si entre nosotros dialogásemos para aprender y no para convencer!

El sitio de la vida consagrada nos lo va a decir ella mis-

ma si la dejamos hablar. Nos recordará que nació para anunciar amor y hospitalidad; para hacer sitio a todos; para acercar el Evangelio a quienes menos posibilidades tienen, porque es pobre. Nos dirá que su identidad es la comunidad donde no se compite, ni se lucha. Donde la «abundancia del corazón» habla de perdón y agradecimiento. Si de verdad la dejamos hablar, encontrará su sitio y significará... Eso sí, tendrá vida muy lejos de clericalismos, «canonjías» y trueques de cargos... que ahora la pueden estar des-pistando.

Nuestra portada

Es una celda del convento franciscano de la Purísima Concepción, llamado «El Palancar», en la provincia de Cáceres (España). Es del siglo XVI. Una muestra evidente de la esencialidad de la vida consagrada. En su extrema sencillez está su belleza, provocación y atractivo.

Creemos que la vida consagrada actual tiene que descubrir y ofrecer una clave de sencillez inédita que responda a las búsquedas de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

Volumen 135. Nº 2 Febrero 2023



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



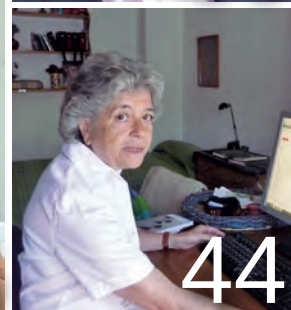
04



05



30



44

04 En camino, Alberto Ares

05 Mirada con lupa: ¡Buscaré tu rostro, Señor, tu rostro buscaré...! Benedicto XVI, Nadia Coppa

11 Femenino singular, Cristina Inogés

12 Guardad vuestro corazón, Anna Sánchez Boira

13 Desierto, espacio de soledad y silencio, Carmen Herrero

20 Hablando en dialecto, Dolores Aleixandre

21 Retiro: Oyentes y servidores de la Palabra de Dios (I), Miguel Tombilla

29 Vivir es así de simple,

José Tolentino de Mendonça

30 Más que una foto: Jesús Díaz Sariego, op. Presidente de CONFER, Carlos González

40 Taizé con los jóvenes y el Sínodo, José Miguel de Haro

44 Nos cuesta encontrar una clave constructiva para hablar de nuestros insomnios, Luis A. Gonzalo

48 La sonrisa en la mirada, Jorge A. Sierra

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: LAGD- Imprime: Din Impresores.



Rosi

Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

Por todos lados nos dicen que vivimos tiempos complejos que necesitan de toda nuestra energía, creatividad y tesón para seguir adelante. En este escenario viene a mi mente la vida de Rosi, una mujer que tenía claro cómo se iba a cambiar el mundo: cuidándolo.

Rosi falleció hace ya unos meses y dedicó sus últimos años en nuestra parroquia de S. Ignacio de Loyola de Madrid como catequista de los más pequeños. Mujer joven, dinámica, una mujer de Dios, muy querida por los más jóvenes y sus compañeros y compañeras catequistas.

Rosi llegó hace unas décadas a España desde Paraguay con el firme propósito de sacar a su familia adelante con esfuerzo y generosidad. El cuidado fue su herramienta en estos años, en los cuales cuidó de niños y ancianos en España, mientras a los suyos los iba apo-

yando para darles un sustento y una educación en su tierra natal.

Hace unos años a Rosi se le diagnosticó un cáncer, al principio parecía que con buena calidad de vida, pero se precipitó un empeoramiento progresivo en los últimos meses. Tiempo de pandemia, que le impidió trabajar y costearse un espacio digno donde vivir..., Rosi siempre había cuidado, de los niños y mayores españoles, de su familia en Paraguay, de los niños de la catequesis, amiga de sus amigos,... Ahora la enfermedad la había dejado muy débil y vulnerable.

La comunidad parroquial invitó a Rosi a que se incorporara a una de las viviendas de los programas de hospitalidad, para que pudiera descansar y ser atendida por su madre y su hija que vinieron a Madrid para cuidar de ella. Muchas han sido las muestras de cariño y cuidado de la comunidad. Poco a

poco, su vida se ha ido apagando y ya descansa en los brazos del Padre.

Dice el Evangelio (Mt 19, 23-30) que toda aquella persona “que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna”. Rosi un día dejó su casa y a los suyos y ha dedicado su vida al cuidado, como muchas de las mujeres que dejan su tierra, viviendo la tensión de cuidar de los hijos de otros, mientras los propios permanecer a miles de kilómetros. Su fe, su amor y la experiencia del Señor de la vida la llevó a transmitirla a los demás, a los más pequeños. Gracias Rosi, por cuidar como solo tú sabías hacer.

Creo que es la gente como Rosi, la que mantiene viva la esperanza, la que sostiene nuestro mundo. Somos invitados a ser comunidades de hospitalidad, a seguir tejiendo esta cadena de ciudadanos. Estamos seguros, Rosi, de que sigues cuidando y cuidarás para siempre de todos nosotros.

MIRADA CON LUPA



REFLEXIÓN

¡Buscaré tu rostro, Señor, tu rostro buscaré...!

La Pascua del Papa emérito Benedicto XVI (31-12-2022) nos ha conmovido y afectado profundamente. Un momento importante para la vida de la Iglesia que ha suscitado sentimientos de sincera conmoción y profunda gratitud

Nadia Coppa, asc
Presidenta de la UISG

Hemos rendido homenaje al Papa Emérito y nos hemos asombrado ante su gran talla moral y el reconocimiento que ha surgido espontáneamente por parte de aquellos que se han alimentado de su palabra. Del corazón de la Iglesia ha brotado un gracias coral. En diversas circunstancias, el Santo Padre había dicho que la vida no es un círculo cerrado, sino un camino que tiende hacia un encuentro, una línea que avanza hacia su ple-

nitud. Damos gracias al Señor por la claridad de su fe, por el don de su pensamiento, por la sencillez con la que siempre vivió y comunicó la profundidad del misterio de Dios. Como mujeres consagradas, hemos amado y apoyado al Humilde Servidor de la Viña de Dios acogiendo las instituciones proféticas de su magisterio y nos hemos dejado interrogar por sus líneas programáticas. Lo recordaremos por la humildad y la sabiduría con

la que ha acompañado a la Iglesia y a la vida religiosa. Al recorrer los años de su pontificado, es evidente que el papa Benedicto quiso reconducir la vida consagrada a su núcleo original que es la forma de vida asumida por Cristo. “Pertenecer al Señor —dice a las superiores generales reunidas en audiencia el 22 de mayo de 2006— quiere decir dejarse abrasar por su Amor incandescente, ser transformadas por el esplendor de su belleza; le ofrece-



mos nuestra pequeñez como sacrificio de agradable aroma, para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo que tanto necesita embriagarse con la riqueza de su gracia”. En su magisterio, no faltaron palabras claras e incisivas sobre la vida consagrada como testimonio y expresión del poder “fuerte” de la búsqueda recíproca de Dios y de la persona humana atraída por el Amor.

“La persona consagrada –compartía Benedicto XVI– por el hecho mismo de estar ahí, representa un “puente” hacia Dios para todos aquellos que se encuentran con ella, una llamada, un reenvío. Y todo esto en virtud de la mediación de Jesucristo, el Consagrado del Padre. ¡El fundamento es Él! Él que ha compartido nuestra fragilidad para que pudiéramos participar de su naturaleza divina”. (Papa Benedicto XVI, Homilía, 2 febrero 2010). Palabras fuertes que acogemos cuando reconocemos que edificar la propia casa sobre roca, sobre Cristo y con Cristo, significa construir sobre un fundamento que se llama Amor crucificado. Lo recordamos por su fir-

me y vigorosa llamada a poner la Palabra de Dios en el centro de la vida espiritual y de este modo redescubrir la luz que la Sagrada Escri-

Fue firme y vigorosa su llamada a poner la Palabra de Dios en el centro de la vida espiritual

tura, y de forma concreta, el Evangelio, da a nuestros días, a nuestro corazón y a la renovación de la vida consagrada: “La Palabra de Dios es Cristo mismo, que está y debe estar en el centro de la Iglesia y de su vida religiosa” (Papa Benedicto XVI, Homilía, 2 febrero 2006).

Lo que llama la atención es su testimonio cristocéntrico que se expresa en su anuncio sencillo y directo y en su hacer claro y coherente. Para Benedicto XVI, el discípulo es una respuesta de amor a Jesucristo, viviendo una amistad personal con Él y renovando interiormente la voluntad de orientarse hacia Él, volviendo constantemente el corazón hacia la Pascua, con la cual la vida alcanza la plenitud. Quien ha escuchado a Benedicto XVI ha descubierto, de forma natural, la pasión por la escucha orante de la Palabra que

habla en nuestro presente y que da forma al corazón, haciendo de nuestra vida cotidiana un espacio sagrado de encarnación del Misterio.

Solo la acogida incondicional de la Palabra genera novedad y transforma. El camino trazado por Benedicto XVI consiste en ser oyente asiduo de la Pala-

bra, porque toda sabiduría de vida nace de la Palabra del Señor, y explorarla con Amor sapiencial. Inmersas en este dinamismo fecundo del Espíritu somos conducidas al auténtico encuentro con la humanidad porque “al verla con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que Él necesita” (Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas est*).

La vida consagrada es una planta rica de ramas enraizadas en el Evangelio vivido cotidianamente como el elemento que da belleza y presenta a cada persona ante el mundo como una alternativa creíble. Hoy nuestra sociedad necesita esto, y esto es lo que la Iglesia espera: ser Evangelio viviente. La heredad espiritual del papa Benedicto es la llamada a ser de Cristo, mantener encendida en el

corazón una llama viva de Amor, alimentada por la riqueza de la fe, no solo cuando está llena de gozo interior, sino también cuando sufre dificultad, aridez y sufrimiento. Como teólogo y amante de la verdad, Benedicto inició una reflexión muy profunda sobre dos temas muy importantes: la Verdad y el Amor, los cuales no son términos contradictorios, sino que se exigen y alimentan mutuamente, porque “sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El Amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente” (Papa Benedicto XVI, *Caritas in veritate*).

Vivió y concibió su pontificado como un servicio de Amor, como una “presidencia de Amor” consciente de que la doctrina de la Iglesia alcanza el corazón de cada persona solo si conduce al Amor. Este modelo de gobierno, humilde y sencillo nos ha animado también a nosotras a concebir la autoridad como servicio fecundo, tratando de “hacer del Amor unificador, nuestra medida; del Amor duradero, nuestro desafío; del Amor que se da, nuestra misión!” (cf. Papa Benedicto XVI, Discurso, 10 julio 2008).

Seamos conscientes del aprecio que Benedicto XVI demostró por las personas consagradas y su llamada a “ser testimonios de la presencia transfiguradora de Dios

Siempre reconoció el papel especial de las mujeres en la vida de la Iglesia

en un mundo desorientado y confuso”, que todavía hoy, nos llega como una llamada profética. Nos invitó “a mirar este tiempo con la mirada de la fe para poder mirar a la humanidad, al mundo y la historia a la luz de Cristo crucificado y resucitado, única estrella capaz de orientar a los pueblos” (Papa Benedicto XVI, Discurso, 22 mayo 2006). “La vida consagrada –sigue diciendo– es importante precisamente por su ser signo de gratuidad y de Amor, y más importante incluso en una sociedad que corre el riesgo de asfixiarse en la vorágine de lo efímero y de lo útil (cf. *Vita consecrata*, 105). Es testimonio de sobreabundancia de Amor que empuja a “perder” la propia vida, como respuesta a la sobreabundancia de Amor del Señor que, primero, “pierde” su vida por noso-

tros”. Con sentimientos de cuidado y atención reservó palabras de esperanza y de profundo respeto por las personas consagradas, principalmente por las que vivían en situaciones de mayor fragilidad recordando que “nadie es inútil, porque el Señor nos asocia a todos al “trono de la gracia”. Toda persona es un don

precioso para la Iglesia y para el mundo, sediento de Dios y de su Palabra, también, y sobre todo, en los momentos de mayor fragilidad” (Papa Benedicto XVI, Homilia, 2 febrero 2010). Con gran claridad, nos desafió a luchar contra la cultura secularizada, que ha penetrado en la mente y el corazón de no pocos consagrados, invitándonos a superar el relativismo que empobrece la fe y la búsqueda de Dios, empujándonos a vivir en la mediocridad. “El Señor –decía– quiere hombres y mujeres libres, sin ataduras, capaces de abandonarlo todo para seguirlo y encontrar su plenitud solo en Él. Son necesarias opciones valientes, a nivel personal y comunitario, que impriman una nueva disciplina a la vida de las personas consagradas y las lleven a descubrir la dimensión integral del segui-

miento de Cristo" (Papa Benedicto XVI, Discurso, 22 mayo 2006). Nos animó a ser en el mundo un signo creíble y luminoso: ser fuego del Evangelio y de sus paradojas, sin conformarnos con la mentalidad del mundo, sino transformándonos y renovando continuamente nuestro esfuerzo, para poder discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto a Él (cf. Rm 12,2).

El papa Benedicto XVI siempre reconoció el papel

especial de las mujeres en la vida de la Iglesia atribuyéndoles una especial influencia: "Las mujeres tienen un papel crucial en la sociedad, deberían ser animadas a abrazar las oportunidades para crecer en dignidad de vida a través de su compromiso con la educación y su participación en la vida política y cívica. El genio femenino puede organizar acciones con el objetivo y la motivación de desarrollar retos todavía más grandes

para compartir experiencias y generar nuevas ideas" (Papa Benedicto XVI, Mensaje, 20 marzo 2009). "Las mujeres han experimentado vínculos especiales con el Señor lo cual es fundamental para la vida concreta de la comunidad cristiana, y esto siempre, en cualquier época, no solo en los inicios del camino de la Iglesia" (Papa Benedicto XVI, Ángelus, 9 abril 2012).

Para Benedicto XVI fue una verdadera exigencia del



corazón cultivar el diálogo con el arte, entendido como forma de belleza. Sobre todo, se esforzó en llevar a la luz la belleza de la fe misma, para que no solo se hablase de la fe, sino que, sobre todo, se celebrara. Se comprometió a que la liturgia fuese armónica, porque es la celebración de la presencia y de la obra del Dios viviente y porque quiere conducirnos al misterio divino. El itinerario de Benedicto XVI, lleno de profundas reflexiones que representan una inmensa herencia de sabiduría y de fe, permanecerá en el corazón y en la historia de la Iglesia. Su pensamiento continuará iluminando el camino de todos los que encontraron en él una luz que ilumina las tinieblas del mundo. Permanecerá, sin duda, su magisterio, sus tres encíclicas –*Deus caritas est*, *Spe salvi*, *Caritas in veritate*–, la belleza y la profundidad de sus reflexiones y catequesis en el transcurso de las audiencias generales. Nos ha dejado una maravillosa paternidad espiritual y eclesial, un patrimonio que marcó el siglo XX y los primeros pasos del nuevo Milenio. El Santo Padre ha dejado en nuestro corazón un deseo profundo de oración entendida como respiración y alimento del alma y oasis de paz



en el cual obtenemos el agua que alimenta la vida espiritual y transforma la existencia. Él enciende en nosotros la nostalgia de Dios, el anhelo de buscarlo e ir a su encuentro, mientras se comunica, se nos da a conocer y nos inflama con su Espíritu haciéndonos saltar de gozo. Su testimonio de hombre enamorado de Dios y buscador del Señor es una invita-

ción a cultivar el deseo de la búsqueda constante de un Rostro, *Faciem tuam, Domine, requiram* (Sal 26,8), y a orientar el camino, tanto en los pequeños pasos cotidianos como en las decisiones más importantes, hacia el cumplimiento de este peregrinaje del corazón. Querido Papa Emérito, a ti, nuestra más profunda y eterna gratitud. 



Adultas y religiosas

Cristina Inogés Sanz

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

¿Aque sería maravilloso que ya no tuviéramos que hablar más de los abusos (de todo tipo) en la Iglesia? Estoy segura que a todos nos gustaría que esta barbaridad hubiera terminado ya. Sin embargo, creo que nos va a acompañar durante mucho tiempo. Por desgracia. Estamos asistiendo a la salida a la luz, ¡bendito sea si sirven para limpiar!, de muchos casos de abusos a religiosas, incluso a comunidades enteras de ellas. Esto provoca asombro porque, muchas personas, se preguntan cómo es posible que eso haya sucedido si son ¡adultas y religiosas! Quienes se hacen esa pregunta muy probablemente no saben lo fácil que es llegar a manipular a una persona. El abusador es eso, abusador, pero no tonto. Desde su nar-

cisismo, porque los abusadores son ante todo narcisistas, otean el horizonte y ven quién es su presa más fácil. Desde personas que están pasando por un mal momento, hasta personas que son más fácilmente manipulables que otras, pasando por la violencia física y el chantaje, si llega el caso, para doblegar a esa persona. Adultas y religiosas, pero, por encima de todo, mujeres a las que hay que respetar solamente por el mero hecho de serlo. Se abusa de ellas cuando se ejerce ese poder sin control, esa violencia física, espiritual, de conciencia, laboral... Sin embargo, también se abusa de ellas cuando se minimiza con comentarios ese abuso, como si hacerlo fuera algo casi normal por su condición de religiosas, como si no fuera tan importante porque no son niños.

No sé si son conscientes quienes dicen esto o algo parecido que, tanto como seguir insultando y abusando de las religiosas, lo que están haciendo de forma evidente es defender al abusador de turno.

Queda mucho por investigar, corregir, y prevenir en la realidad de los abusos. Estaría bien si entre lo que falta por hacer, sobre todo por parte de algunos, se incluyera el respeto que se merecen estas mujeres que sí, son adultas y religiosas, así de sencillo, adultas y religiosas, no esclavas para hacer la voluntad de algunos que se creen "superiores".

Y, respecto a prevenir toda clase de abusos, la formación debe ser clarísima. Porque aprender a prevenir también capacita a las posibles víctimas para detectar a los abusadores.



Para una vida ecológicamente sostenible

Anna Sánchez Boira

MIS. HIJA DE LA SGDA.FAMILIA DE NAZARET. ENDE (INDONESIA)

Entre los temas de los que más se habla hoy están el cambio climático, la ecología y la sostenibilidad. No faltan organizaciones, ONG, propuestas e intentos de nuevos paradigmas que sugieren formas y acciones de vida más respetuosas con nuestro mundo.

El olvido que hemos tenido de nuestra tierra, por un lado, y los modelos económicos y consumistas agresivos y egoístas, por otro, han despertado la furia de nuestra casa común que se hace oír de formas distintas. Percatarse de esta realidad, sin negar el miedo a los desastres que nos acechan, ha ido despertando la conciencia ecológica también en la vida religiosa. La vida espiritual es particularmente sensible a la Creación, a cada una de las criaturas que el Señor nos ha confiado; la naturaleza es encuentro con Dios, y así lo leemos en la Biblia. La naturaleza es el templo más bello creado, cuya belleza ningún

templo humano podrá superar. Al alcanzar la cima, el Señor nos muestra su gloria y su inmensa grandeza, su infinitud y esplendor. Pero habitamos en ciudades, en poblaciones donde el entorno se ha deteriorado por la dejadez de muchos y la falta de testimonio de otros tantos.

Apesar de ello, nunca es del todo tarde para el cambio. Y este cambio es primero conversión personal. No se trata solo de hablar de una economía sostenible de la Congregación, sino de mi coherencia de vida como religiosa o religioso y mi vida de votos, mi respeto a los demás y al entorno, y una vida sencilla y gozosa siguiendo la llamada del Señor.

Si bien hay actitudes innatas, hay otras que son consecuencia de la educación recibida y del compromiso personal. Somos muy afortunados, disponemos de todo, y más, mucho más de lo que necesitamos. Por tanto, agradezcamos al Señor, a la Congregación, a la comuni-

dad... y pensemos en los demás, en los que no disponen de agua –potable o no–, de luz y electricidad, de comida..., de higiene y sanidad, de educación, de vivienda, de comunicaciones e infraestructuras... El agradecimiento y el uso responsable y respetuoso son el primer paso para la transformación personal. Una vida sostenible es respetuosa con el entorno natural y social, hermana de la naturaleza y de los hombres y mujeres que habitan la tierra. Una vida sostenible pasa por la defensa de la justicia social y la paz global; porque todo es don para los demás y al servicio de los demás. Una vida sostenible nos compromete a una austeridad elegida, profecía en el mundo de la abundancia, la novedad y lo superfluo, justa con los más necesitados de nuestra tierra. Una vida ecológicamente sostenible mantiene encendido el agradecimiento a Dios y el servicio a nuestros hermanos y hermanas. Cuando dejo que Dios sea la única razón de mi vida, cuando la creación y todo lo que Dios ha creado para mí se convierten en hermanos y hermanas, compañeros de camino, comprendo que la Vida me sostiene.



Desierto, espacio de soledad y silencio

El desierto y el silencio no son una huida, sino
un hacer presente a la Presencia y a los hermanos,
un vivir en comunión hasta con el cosmos

Carmen Herrero Martínez

*Una sola Palabra habló el Padre,
que fue su Hijo, y esta habla siempre
en eterno silencio, y en silencio
ha de ser oída del alma.*
(San Juan de la Cruz)

Quiero compartir esta reflexión con los lectores de *Vida Religiosa*, sobre el desierto, espacio de soledad y silencio en medio del mundo, en el que a la mayoría nos toca vivir. El desierto y el silencio van de la mano. En el sentido espiritual no hay desierto sin silencio ni silencio sin desierto, pues ambos nos conducen al encuentro con nosotros mismos y con el Creador; esta es la finalidad que pretendemos al retirarnos al desierto: encuentro consigo mismo, encuentro con el Creador y encuentro con la humanidad. El desierto y el silencio no son una huida, sino un estar presente a la Presencia y a los hermanos, un vivir en comunión hasta con el cosmos.

Todos sabemos que el desierto es un lugar geográfico, al que no es fácil retirarse. Sin embargo, siempre podemos retirarnos al desierto de nuestro propio corazón y allí vivir la espiritualidad del desierto. A este desierto del corazón y de la mente queremos retirarnos con esta reflexión. Hay momentos en la vida que es necesario rodearse de soledad y silencio para escucharse, y poder ver con más claridad e ir más allá. El desierto, es el lugar de ir a lo esencial.

El desierto simboliza la belleza, la grandeza, la magia y esplendor. Imagínate el amanecer, una puesta de sol y una clara luna, un horizonte sin fin; la calma, la soledad, el silencio que invitan a la paz y serenidad, a

la relación consigo mismo y con Aquel que se hace Presencia cuando todo se acalla. El desierto también simboliza la austeridad, la ascesis, el ayuno, la sed, el cansancio, la pobreza, el desprendimiento. Valores humanos y espirituales que construyen y enriquecen a la persona, adquiriendo poco a poco una espiritualidad, una manera de ser, de pensar y de actuar.

En una sociedad marcada por las prisas, la agitación y llena de palabras vacías, junto a imágenes tan agresivas, banales y carentes de sentido; en una sociedad enloquecida por el ruido y las técnicas modernas que no saben muy bien a dónde van ni a dónde nos llevan, se necesita retirarse al desierto para encontrarse consigo mismo y “construirse” como persona; porque la dispersión nos acecha por todas partes y nos hiere en el más profundo centro, desviándonos de lo esencial. En nuestra sociedad, todo tiende a “divertirnos”, a dispersarnos y sacarnos de nuestro propio centro, de nuestra interioridad, robándonos nuestra propia libertad y lo mejor de nosotros mismos, nuestra interioridad. Si queremos ser personas libres, equilibradas, reflexivas y orantes, hemos de “purificarnos” de tantas “toxinas” negativas como se van acumulando en nuestro propio ambiente, influyéndonos en nuestra

manera de ser, de pensar y actuar. Vivir la espiritualidad del desierto ayuda a purificar nuestro interior y a evitar que entren en nuestra mente palabras, imágenes y

sonidos que nos invaden y contaminan. El silencio, la soledad y la oración son como un contrafuerte que hacen barrera a toda influencia nociva de un mundo material-

Siempre podemos retirarnos al desierto de nuestro propio corazón

zado sin profundidad ni alma. Decía José María Gil Tamayo: “Tengo la sensación de que Europa ha perdido el alma”¹. ¿No nos pasa un poco eso, también en la vida religiosa?

Por todos los medios hemos de evitar que ni en mi mente ni en el corazón entre aquello que “contamina” y “oscurece” nuestro espíritu y nuestra conciencia. Porque hoy día con el relativismo, todo es bueno, todo es y da igual. No permitamos que esa “perla”, límpida y diáfana que todos llevamos dentro desde nuestra creación, se mancille y contamine con tanta basura como este mundo intenta vendernos como un buen producto, para nuestro propio desarrollo y bienestar con cara de modernización. Tal vez resulte

fuerte constatar que vivimos en la superficie de lo que en realidad somos y estamos llamados a ser y vivir, pues lo mejor de nosotros mismos se queda en el fondo de nuestro ser, adormecido, sin darle la oportunidad de que se desarrolle y llegue a ser lo que en realidad es: criatura creada para vivir en relación amorosa con su Creador, en armonía consigo misma y con sus hermanos y hermanas en humanidad. Y todo esto, desde la plena libertad, sin influencias ni ataduras externas. En general, vivimos bastante distraídos, sin profundizar en el verdadero sentido de nuestra existencia y en lo que realmente somos y valemos. Vivimos en los arrabales de nuestra existencia. De aquí nacen muchas de las enfermedades modernas, causadas por la





ruptura que se da entre lo que vivimos y lo que estamos llamados a vivir. “En el desierto, podemos bajar en profundidad, donde se juega verdaderamente nuestro destino, la vida o la muerte”².

A quienes intentamos y queremos ir por el camino de la libertad, de la interioridad y de la armonía interior, el desierto espiritual nos ayuda a tomar conciencia de nuestra fragilidad y también de nuestra grandeza: “Somos creados a imagen de Dios” (Gn 1,26). Venimos de la naturaleza divina. El desierto nos ayuda a ser conscientes de lo que realmente somos: Templos de Dios, sagrarios vivos de su Presencia. Dios uno y trino se ha encarnado en nosotros. Pablo dirá: “No sabéis que sois templo de Dios” (1Cor 6,19). De aquí que el verdadero desier-

to lo hemos de crear y vivir dentro de nosotros mismos; porque el desierto espiritual no es un lugar geográfico—que sin duda puede ayudarnos y tiene un gran atractivo— la presencia de Dios que me habita y quiere entablar un diálogo de amor conmigo. “La conduciré al desierto y le hablaré al corazón” (Is 2,14). El verdadero desierto es descubrir y vivir la presencia del Dios invisible, descubrir su voz y saberse tiernamente amado o amada por Él. El desierto espiritual no es un lugar, sino la disposición y vivencia interior en medio de la baraúnda de las sociedades modernas. El desierto no es tanto la ausencia de los hombres ni del ruido, como la presencia Divina. Ya que puedo estar en el desierto geográfico más perfecto llevando sobre mí el mundo de los deseos, recuerdos

y frustraciones, y vivir totalmente de espaldas a Dios y a mí mismo. Al contrario, puedo vivir en medio de las multitudes y del ruido y vivir en presencia de Dios y armonía conmigo misma. Pero para lograr este estado interior se necesita una fuerte ascesis y disciplina, para ir contra corriente de todo aquello que desgarrar mi unidad interior y roba mi capacidad de pensar y de decidir en plena libertad. El verdadero sentido del desierto es vivir en su Presencia, bajo su mirada amorosa y transformante. “El mirar de Dios es amor” dirá Juan de la Cruz. Mi verdadero desierto es la purificación de todo, para ser capaz de percibir la mirada amorosa de Dios sobre mí, la cual me va recreando continuamente a su imagen y semejanza. El desierto es tomar conciencia de la transformación que el Espíritu Santo realiza en mi interior haciéndome una nueva creatura. “El desierto es la ausencia de palabras para hacer espacio a otra Palabra, la Palabra de Dios, que como una brisa ligera nos acaricia el corazón” (cf. 1 Reyes 19,12)³.

Si en medio de la vida cotidiana vivo el verdadero sentido del desierto, todo aquello que me aleja de mí mismo, de Dios y de los demás lo iré apartando, como puede ser: el estar apegados todo el día al móvil, respondiendo y enviando mensajes; conversaciones vanas; imágenes y lecturas sin contenido; programas de televisión que no me aportan nada y me roban el tiempo. Todo esto tan de actualidad, e incluso en la vida consagrada puede ir en contra de una vida orante, interiorizada. Vivir el desierto en el corazón de las ciudades, en la vida diaria exige disciplina, volun-

tad y discernimiento para elegir y optar por todo aquello que realmente me lleva a vivir en armonía, en paz y serenidad conmigo mismo, en compañía de Dios y en comunión con mis hermanos y hermanas en humanidad. Este es el verdadero sentido espiritual y místico del desierto, vivir en comunión. Decía el papa Francisco que la Cuaresma es tiempo de crecer en la amistad con Jesús. Esta es también la finalidad del desierto: “Vivir y crecer en esta amistad con Aquel que sabemos nos ama”, por decirlo con palabras de Santa Teresa. Jesús cuando se retira al desierto no es tanto para estar solo como para estar en compañía con su Padre. “Por la mañana, antes de amanecer, Jesús se levantó, salió y fue a un lugar desierto; allí estuvo orando” (Mc 1,35). El desierto no es vivir la tranquilidad y el bienestar personal, sino vivir en compañía, en relación amorosa, en un movimiento de acogida y entrega a la acción del Espíritu Santo en mí vida.

El discernimiento, en nuestras elecciones cotidianas, se impone más que nunca; dado el abanico tan enorme que tenemos de dispersión con las nuevas tecnologías. El desierto nos enseña a amarnos a nosotros mismos, a elegir todo aquello que me construye como persona adulta y libre, sin alienaciones ni influencias ajenas, y me lleva a desprender-

me y desechar todo aquello que me va destruyendo. ¡Esto es muy importante! Viviéndolo así el desierto no da miedo, al contrario, es atractivo, todavía más, es una necesidad vital

tras la cual se corre una vez que se ha saboreando sus frutos. En el desierto espiritual no hay caminos trazados, el camino lo has

El verdadero sentido espiritual y místico del desierto es vivir en comunión

de hacer tú mismo, pues es tu camino, el que tú debes de recorrer. Y nadie lo hará por ti.

En la vida también hay desiertos no elegidos y hemos de darles sentido, aprendiendo a vivirlos desde una dimensión teológica. Pensemos en el desierto de la enfermedad, de la muerte de un ser querido, de la ancianidad, de la soledad, de la precariedad extrema, de los refugiados y

perseguidos, de toda la violencia que se da en la sociedad, y de tantas familias rotas, niños maltratados y abandonados. Estos son los desiertos de nuestras ciudades, los desiertos habitados, acompañados de una profunda tristeza y pobreza. Tomemos conciencia de tantos desiertos en los que viven muchos de nuestros hermanos en humanidad y seamos solidarios desde la oración, compartiendo nuestros bienes y nuestro tiempo, la acogida y la escucha. Seamos hospitalarios, pues la ley de hospitalidad es característica de la vida del desierto. Esta ley de hospitalidad la encontramos en el Antiguo Testamento: Abrahán acoge a tres hombres que pasan junto a su tienda en Mambré (Gen 18,1-8); Labán recibe con honores al servidor de Abrahán (Gen 24,28-32); Lot introduce en su casa a los ángeles (Gen 19,1-8).

Retirarse al desierto es hacer propia la historia de la humanidad, llevarla consigo, para presentarla al Señor, el dueño de la Historia, para que la conduzca por el buen camino, la purifique y la salve; pues en los desiertos del mundo Jesús es el único que puede saciar nuestra sed y sanar todas las heridas y enfermedades. “Jesús es la fuente de agua viva” (Jn 7,38), Él sacia nuestra hambre: “Yo soy el pan de vida” (Jn 6,51).

Y Él es el camino (Jn 14,6). Él es el médico, “Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mt 8,17). “Toda enfermedad y toda dolencia” (Mt 4,23).

El desierto, como ya hemos dicho, es una realidad geográfica; pero espiritualmente es un estado de vida, una manera de ser, pensar y actuar. Para vivir la espiritualidad del desierto tengo que darme los medios

necesarios, cada uno debe saber elegirlos. Fomentar tiempos de silencio, soledad, reflexión, oración, lectura de la Palabra, nos ayudan a vivir en la presencia de Dios y a ir creando en nosotros la espiritualidad del desierto. También se va desarrollando en nosotros la hospitalidad del encuentro. Las personas que se mantienen en conexión con su propio centro son hospitalarias, saben escuchar y son transmisoras de sabiduría.

SILENCIO

Una palabra sobre el silencio. Desierto y silencio van de la mano. “Vuestra fuerza está en el silencio” (Is 30,15). “Guarda silencio y yo te enseñaré sabiduría” (Job 33,33). Esto nos dice la Palabra de Dios. Sin embargo, el “sonido” del silencio, es algo que asusta a muchas personas, pues les da miedo, ya que les obliga a encontrarse con su yo más profundo, con la realidad de lo que son. La espiritualidad del desierto va unida a la práctica del silencio. El silencio es como el agua tranquila del estanque que al asomarnos refleja nuestro perfil. Si no queremos reconocer nuestra identidad, nuestro verdadero rostro, nos apresuramos a remover las aguas para que nuestro perfil desaparezca. Pero removiendo las aguas nos perdemos en la

La ley de hospitalidad es característica de la vida del desierto



confusión, en la dispersión y en la falsedad y manipulación de nuestra propia imagen.

Cuando vamos al desierto y nos disponemos a orar hemos de ponernos en la presencia de Dios, tal como somos, sin miedo ni disimulos, para poder escuchar lo que el Señor nos dice al corazón. Lo primero que debemos hacer es silenciar, en la manera de lo posible, el ruido exterior, pero ante todo tenemos que acallar el ruido de nuestra mente con sus preocupaciones, dispersiones y pasiones que son las que más ruido hacen dentro de nosotros mismos y las que más nos dispersan y quitan la paz. Si estos ruidos no se acallan, el silencio puede llegar a ser una tortura insoportable. De aquí nace la dificultad de vivir el silencio, porque en el silencio escuchamos la barahúnda que nos habita, que nos molesta y desestabiliza; porque ver nuestra propia imagen no nos gusta. En general todos deseamos otra imagen que la que realmente tenemos. Y ante esta realidad preferimos vivir en el ruido que desdibuja y nos distrae de lo real. El silencio es

imprescindible para encontrarse con uno mismo, con Dios y con los demás. El desierto es silencio interior. No se trata de un silencio alienante, sino de una actitud interior que me capacita para descubrir la verdad en mi vida, para poner orden en mi interior y ser receptiva a la acción del Espíritu Santo que me sana y unifica. El silencio me capacita para la escucha y para amar. Aquel que sabe guardar silencio adquiere sabiduría. Y la sabiduría le llevará a saber gobernar su vida desde la verdad, la rectitud y el bien obrar. Y desde esta sabiduría, crecerás y ayudarás a crecer a otras personas en su integridad humana y espiritual.

Desierto y silencio son gemelos que te invitan y te dan la mano para alzar el vuelo: el vuelo del amor, el vuelo de la paz y la libertad. 

1 JOSÉ MARÍA GIL TAMAYO, Europa Press (18/09/2015).

2 Audiencia del papa Francisco, Miércoles de Ceniza (26/02/2020).

3 Audiencia del papa Francisco, Miércoles de Ceniza (26/02/2020).



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Antífonas a destiempo

Me pasé Adviento rondando las Antífonas de la O y cuando me he puesto a pensar algo sobre la fiesta de la Presentación, ha sido una de ellas las que se ha puesto a rondarme a mí, en concreto la que llama al Mesías “*Llave de David y Cetro de la Casa de Israel*”. Tanto las llaves como el cetro son dos símbolos evidentes de poder y cuando hace un par de años dediqué tiempo a preparar un taller sobre “Poder y vulnerabilidad”, me dejaron impactada los grabados de abades medievales (una abadesa también) empuñando báculos con gesto de poderío, parecido al de san Pedro en su estatua de bronce del Vaticano. Al ver a Pedro enarbolando las llaves con tanto dominio, me surge la sospecha de si no sería su autor, Arnolfo di Cambio, artista de armas tomar, el que se retrató a sí mismo y reflejó en Pedro su propia ansia de mandar.

Y ahí creo yo que está el meollo del asunto del poder con su secuela de abusos: tenemos el imaginario contaminado de ideas tóxicas sobre su ejercicio y se infiltra en lo que leemos, imaginamos, pintamos o cantamos. Ejemplo de este himno: “¿Quién como tú, Dios nuestro? Tú reinas y tú imperas, a ti te adora el alma, la fe te adora aquí. Señor de los ejércitos, bendice tus banderas, amor de los que triunfan, condúcelas a Tí”. Es la estrofa del Cantemos al Amor de los amores, compuesto en la posguerra para el Congreso Eucarístico de Barcelona. En el contexto reciente de una guerra con vencedores y vencidos, aparecía un “dios” claramente partidario de los triunfadores y de sus banderas.

Otro ejemplo en relación con cuadros de la Presentación: Lucas solo dice de Simeón que era *justo y piadoso y que vivía en Jerusalén*, pero, por alguna razón —ya podemos adivinar cuál—, bastantes pintores lo imaginan formando

parte del personal del templo y lo revisten con ornamentos sacerdotales, manto repujado y hasta mitra episcopal en algunos casos. Ponerles corona a los magos de Oriente es una cosa, pero ascender al orden clerical al pobre Simeón —quizá un simple vendedor de pichones— es algo que resulta sospechoso.

Ultima anécdota sobre el 2 de Febrero: fui hace muchos años a dar una conferencia en un santuario mariano y dije que, al hablar de tórtolas o pichones, Lucas sitúa intencionadamente a José y María dentro del sector de pobres de solemnidad para quienes comprar un cordero estaba fuera de su alcance. Y comenté después, inoportunamente, lo rarísimo que es tener que guardar bajo alarma las joyas de María, entre ellas quizá un cetro con diamantes. El comentario desencadenó un enfado monumental en un sector de los asistentes y la conferencia acabó como el rosario de la aurora.

Posiblemente algún lector o lectora sienta también enfado por mi insistencia en el tema del poder: “Lleva ya varios artículos hablando sobre ello, total para decir más o menos lo mismo. Claro que es típico de la gente mayor repetir las cosas una y otra vez”. Es verdad y trataré de cambiar de tema aunque por lo bajo siga mascullando: “Ojo con el poder, ojo con el poder, ojo con el poder ...”.

RETIRO MENSUAL



2 OYENTES Y SERVIDORES DE LA PALABRA DE DIOS (I)

MIGUEL TOMBILLA, CMF

OYENTES Y SERVIDORES DE LA PALABRA DE DIOS (I)

“Que se cumpla en mí tu Palabra” (Lc 1,38).

Otra de las actitudes fundamentales de los discípulos es la de ser oyentes y servidores de la Palabra. No solo como mera lectura personal sino como fuente de vida para la comunidad y fuerza transformadora en la misión. Frente a tentaciones de ensimismamiento espiritual, de vuelta a los cuarteles de invierno porque fuera está lo inhóspito, la Palabra nos saca de nosotros mismos y nos envía (comunitaria y personalmente) hacia la realidad en la que vivimos y de la que formamos parte. Sin la Palabra no tendríamos posibilidad de lectura creyente de lo que nos rodea y nos quedaríamos encerrados en los soliloquios y las preocupaciones de grupos más o menos numerosos. Hay muchas maneras de acercarse a la Palabra, aquí proponemos una de ellas que puede ser fuente de vida y de cuidado, algo muy necesario para todas nuestras sociedades estén donde estén.

Fragilidad como clave de lectura de la Palabra y la Vida

Una mirada nueva

Se dice que la dimensión humana de una sociedad se mide por la manera en la que trata a sus miembros más frágiles. No rige la ley del más fuerte, de la supervivencia del más adaptado. Somos una especie digna de reconocimiento en esta faceta, aunque todavía nos queda mucho por hacer.

Hoy quizás los débiles son más débiles que nunca. Sabemos de su existencia, de su distribución geográfica, del número de ellos en el interior de nuestras sociedades opulentas y en los países del sur global... Tocan a las puertas de nuestras fronteras blindadas y los rodeamos de alambres de espinos, de vallas infranqueables. Nos servimos de países a los que enviamos sumas de dinero elevadas para externalizar nuestras fronteras, sabiendo que no garantizan los derechos humanos de las personas que migran. Nos dicen que les debemos tener miedo a estas personas porque van a provocar un mestizaje nefasto (la tesis del gran remplazamiento) para nuestras sociedades del bienestar y que, incluso, van a acabar con nuestros propios “pobres”, los nacionales, a los que el Estado no va a poder ayudar.

Existen otros frágiles a los que encerramos en centros, o en asilos, o simplemente los dejamos olvidados en la calle. Hay otros débiles que ni siquiera se atreven a dar el primer paso de demandar acompañamiento y se quedan dónde están sin poder hacer nada, porque el miedo o la vergüenza es superior a sus fuerzas.

Pero también están nuestras propias fragilidades, nuestros miedos, nuestros fracasos personales que quedan enquistados y en los que no nos atrevemos a entrar; la pérdida de los sueños y de las esperanzas, el andar a la deriva en una sociedad líquida que nos lleva y nos trae sin un rumbo fijado por nosotros, nuestro propio pecado, el creer que somos demasiado pocos o demasiado mayores...

Ante todo ello, cabe decir que una relación madura con la fragilidad (la propia y la ajena) puede suscitar la creatividad y ayudar a construir un mundo en paz. Es cierto que

esta madurez supone un camino más o menos largo y que necesitamos del acompañamiento de otras personas y de la comunidad.

Hay un humorista francés, Michel Audiard, que añade una nueva bienaventuranza a la larga lista de las que ya conocemos por Jesús: "Felices los astillados porque ellos dejarán pasar la luz". Es una imagen hermosa que permite ver más allá de lo evidente, que nos abre a un mundo diverso con otras implicaciones reales.

El otro frágil, la persona en situación de debilidad, nos solicita desde nuestra propia vulnerabilidad, nos invita a que nos dejemos exponer, a dejarnos "fragilizar" en gestos concretos al compartir una debilidad hermosa y que nos conduce por el camino de lo auténtico.

También nuestra propia falta, nuestra "incompletud", el hecho de no saberlo todo, de no controlar todo, lejos de ser un freno, se convierten en oportunidad de transitar por una relación nueva que se convierte en Buena Noticia.

Por lo tanto, se trata de ser plenamente humanos en esta debilidad buscada y querida, en la fragilidad que puede ser fuente de vida.

¿Qué fragilidad?

Podríamos hablar de dos tipos de fragilidades diversas.

La primera es la inherente al ser humano, aquella que forma parte de nuestro propio ser.

Es esa que nos convierte en los seres más necesitados desde nuestro nacimiento. Estamos diseñados de tal forma que no podemos sobrevivir solos después de los nueve meses de embarazo. Dependemos de los

demás para poder salir adelante durante estos primeros años de vida. Todos nacemos prematuros, sin capacidad de autonomía. Conforme crecemos van apareciendo otro tipo de fragilidades físicas y psicológicas. Aparece la enfermedad y sino la edad se va encargando de devolvernos al estadio primero de dependencia.

Somos seres mortales, que nos rompemos, que pasamos y que desaparecemos. Desde este punto de vista, la fragilidad es negativa y con ella establecemos una lucha que ha de durar el mayor tiempo posible.

Pero también existe un segundo tipo de fragilidad, aquella que se ha de abordar desde otro modo distinto a la batalla, al empeño prometeico e infructuoso. Quizás con un ejemplo se pueda llegar a percibir. Se trata del huevo, su cáscara es extremadamente frágil, tanto que con una simple presión la podemos romper. Parece que esta fragilidad es un error de la naturaleza, una mala adaptación al medio. Sin embargo, esta fragilidad es la que permite que un día salga el polluelo con unos golpecitos casi imperceptibles, con un casi nada que le hace ver el mundo por primera vez. Si la cáscara fuese más dura imaginémonos el horror de quedar

**«Felices los astillados
porque ellos dejarán
pasar la luz»**

encerrados para siempre en esa protección irrompible.

Esta protección frágil es la que permite la vida, la que la deja aflorar en debilidad, pero plenamente.

Esta frágil fragilidad es muy temida porque es la que llega a liberar, la que hace a los seres humanos más humanos. Por ello las instituciones totalitarias (no sólo sistemas políticos, también el mercado) y grupos sectarios se empeñan en reforzar la cáscara, en hacerla

Ser uno con los otros en la autenticidad de lo que queremos vivir

irrompible, para que el que está en su interior no pueda salir.

Ofrecen una aparente seguridad, un "Ves: ahí nadie te va a hacer daño". Crean un ambiente controlado, aséptico, una falsa fortaleza que hace inviable lo más auténtico del ser humano: la libertad. Ese regalo sagrado de Dios que en Jesús de Nazaret se vuelve primordial. Una libertad relacional con el Padre y los hermanos, una libertad enmarcada en el amor y el servicio, en la fragilidad, que luego iremos desgranando. Esa libertad que rompe el cascarón férreo del *Sabbath* y de las normas cuando lo que está en juego es la fragilidad y la necesidad de otro ser humano. Cuando la vida es la que marca la transgresión.

Caminos frágiles en la Palabra de Dios

La primera gran afirmación que quisiera hacer antes de recorrer un poco la Palabra es que Dios es omnipotente. Y esto es algo que crea muchos conflictos, por lo menos aparentes, con lo que estamos viendo: la fragilidad.

- ¿Cómo un Dios que todo lo puede, deja que pasen cosas malas, a mí y a los demás?

- ¿Cómo permite que la debilidad sea parte esencial de lo que vivimos casi todos los días?

- ¿Cómo el que todo lo puede, hacer aparece ante nuestros ojos como el "impotente" ante tanta miseria y tanto dolor diseminado en el mundo?

Nos encantaría que nuestro Dios fuese aquel que hiciese irrompible nuestro cascarón, aquel que nos recogiese bajo sus alas impidiendo que las debilidades fuesen haciendo mella en nuestras vidas, las propias y las ajenas... De ese modo estaríamos seguros. Pero también perderíamos la esencia primera de la libertad relacional: ser uno con los otros en la autenticidad de los que queremos vivir.

Por lo tanto, la gran afirmación que nos atrevemos a dibujar es la siguiente: Dios es todopoderoso, pero todopoderoso en el amor.

Todos tenemos experiencia de que quien ama se convierte en el ser más frágil que pueda existir. El amante se muestra tal cual es, sin parapetos, sin defensas, muestra su intimidad y se queda al descubierto.

Se sitúa en el terreno inseguro de la confianza, el servicio y la donación. Es lo más interior, la verdad sin caretas, la vida en plenitud. Pero también se topa frente a la libertad del otro.

Rompemos nuestra cáscara y aparecemos con las plumas mojadas y expuestos al otro, a los otros. En una exposición en la que ya no tenemos el control porque no depende de nosotros mismos.

En esta libertad relacional pueden brotar heridas muy profundas, vulnerabilidades casi infinitas. Quien ama, es su yo más pro-

fundo el que ya no puede prescindir de los demás. Es un yo con nosotros, es un Dios-con-nosotros. Un Emmanuel de carne que es fragilidad extrema. Quien es todopoderoso en el amor es, por ello, todo-fragilidad.

Siguiendo esta imagen podríamos afirmar que, en la encarnación de Jesús, Dios rompe para siempre su cáscara y entra plenamente en la dinámica de la fragilidad. El Amor se hace carne, sale de sus seguridades y arriesga hasta el extremo.

Encarnación, vida-pasión y resurrección como movimiento de ir dejándose astillar para que la luz pasase mejor. Luz que todos portamos dentro desde la resurrección amorosa del Hijo.

Antes de llegar a Jesús de Nazaret os propongo que en la clave del mundo de relaciones desde la fragilidad recorramos brevemente tres momentos del Antiguo Testamento.

Caín y Abel o la aceptación de la diversidad.

Fuera ya del paraíso, del lugar de los encuentros y de la complementariedad, el Génesis salta a la historia de Abel y Caín. Dos hermanos, hijos de aquellos que habían conocido el primer plan de Dios: el de la abundancia, el de la posibilidad de vivir unidos y felices en ese nosotros incluyente.

Ellos son hijos de un nuevo contexto, el de la diversidad. Siguen siendo semejantes y manteniendo un mundo de relaciones entre ellos y Dios. Continúan formando parte de esa imagen primera de la creación que Dios quiso que fuese así.

Pero aparece la segunda fragilidad: se dedican a cosas distintas, uno es pastor y el otro agricultor. Es la fragilidad del "hacer", llamada también a la complementariedad,

a la ayuda mutua, al beneficio común. Puede ser fragilidad fuente de gozo o de conflicto, de comunidad o de separación.

Dios anda por el medio, todavía dibujado como lo haría la inocencia de aquel niño, viendo a los dos y gozándose de sus sacrificios, de la manera que Caín y Abel tenían de relacionarse con Él. Es una relación a tres en la que el sujeto común es Dios.

Pero comienza otra vez la distorsión de la fragilidad y Caín empieza a sentir celos. Celos de la manera en que su hermano se relaciona con Dios, celos que le van llevando a una interpretación excluyente y competitiva. Ya no son tres los que dialogan, cada uno con su lenguaje.

Caín se siente excluido de ese diálogo y el "nosotros" se va transformando en el "ellos". Ellos como los que cuchichean, como aquellos que se entienden de maravilla y pueden prescindir del tercero que va quedando relegado y mudo.

Es percibir la fragilidad de lo distinto como amenaza. Caín se va metiendo en sí mismo, va reforzando su cascarón, va haciéndose fuerte en el odio. Hasta que llega el momen-

**El amor se hace carne,
sale de sus seguridades
y arriesga hasta el extremo**

to dramático en que toma la determinación de que para mantener su relación con Dios tiene que acabar con su competidor.

Le da miedo su propio hermano. Un miedo atroz porque lo percibe como un enemigo, no como un complementario. Quiere convertir el diálogo a tres, abierto, en un

diálogo cerrado entre dos. Se cierra a su propia carne y decide aniquilarla. Así la fuerza de la sinrazón del odio quiebra irremediablemente a la fragilidad confiada de Abel.

Dios, que es el de la Palabra, hace que todos recobren su fragilidad

Sin previo aviso recibe los golpes mortales que lo astillan totalmente.

Caín mata a su hermano, pero para él ya no es carne de su carne, simplemente era su enemigo, aquel que le impedía un diálogo con Dios, aquel que le había robado las palabras de sus sacrificios y lo había dejado mudo y excluido.

Cuando Dios aparece de nuevo, ingenuamente, y le pregunta dónde está su hermano, la respuesta de Caín es demoledora: "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?". Otra vez el paraíso roto.

La relación de cuidado, de "guardanía", queda destruida por esa frase. Pero también es un reto a Dios que había hecho las cosas de otra manera. Una contra-creación, un querer enmendar la plana al designio de un Dios que busca el bien de los seres humanos.

Esta fragilidad, la de la complementariedad de la diversidad, del hacer, queda astillada para siempre.

Hay una frase preciosa de Claudel en su *Sandalia de satén* que resume muy bien lo que podría haber sido y no fue (la dice D. Rodrigo cuando habla de su amada): "Solo el uno por el otro podremos deshacernos de la muerte".

Babel o la técnica como falsa fortaleza

Es la fragilidad de vivir de otro modo sin depender del poder irreal de la técnica. No se trata de volver a las cavernas, sino de situar, en su justa medida, aquello que es ayuda para el ser humano pero que se puede convertir en amenaza.

Babel escenifica el trabajo para ocupar el lugar de Dios. Es el trabajo para construir una torre alta para llegar a los cielos, para poder ser inmortales.

La búsqueda desmedida de la fortaleza, del cascarón impenetrable común. El lenguaje deja de ser un instrumento de comunicación, de búsqueda de la plenitud compartida, para transformarse en mera técnica. Nace un "nosotros" uniforme para toda la humanidad, un nosotros de trabajo deshumanizado, de la técnica deshumanizante. Lo que antes era pluralidad frágil pero comunicativa y enriquecedora, se convierte en palabra fría y mecánica: construyamos, hagamos, lleguemos...

Los imperativos sustituyen a las palabras que nacen de la gratuidad, del acompañar al otro. Y lo que es más grave: los débiles, los que no pueden trabajar, los que no pueden seguir el imperativo del lenguaje técnico, quedan excluidos, quedan mudos. Otra vez el paraíso en el que la contemplación era esencial (la contemplación frágil de María a los pies del Maestro que choca con el hacer técnico de Marta) se rompe en mil pedazos.

Lo común se transforma en uniforme, lo diverso en monolítico, la palabra que recrea y acompaña en mandato que ocupa el lugar de Dios.

Dios, que es el de la Palabra, hace que todos recobren su fragilidad primera y vuelve al principio de las lenguas diversas que hacen

perder el afán meramente técnico y olvidado de los que no pueden o no saben trabajar en la torre del poder excluyente y ambicioso.

Después, mucho más tarde, volverá a subsanarse la falta de entendimiento en el anti-Babel, en la fiesta del Espíritu: en Pentecostés.

Allí será la riqueza de entender a cada uno en su propia lengua, en la diversidad enriquecedora de los distintos. Allí será el nuevo lenguaje que ya no es técnico ni excluyente, el lenguaje de la Buena Noticia anunciada a todos los pueblos, a cada uno en su propia cultura y lengua. La riqueza de lo distinto, la fragilidad de lo diverso se enriquece con la gratuidad de un lenguaje nuevo, con una palabra que viene de Dios, con un diálogo que restaura el roto por las acusaciones de Adán y Eva o por la violencia ciega de Caín. Allí La creación se renueva y la fragilidad se hace fuerte.

El Siervo (Is 42)

La figura del Siervo de Yahvé encaja perfectamente en el esquema de fragilidad evangélica que estamos dibujando. Es la bisagra que permite unir ambos Testamentos desde esta perspectiva.

El texto está dentro de la tradición profética a la que Jesús se va a adherir. Él mismo leerá las palabras de Isaías en la sinagoga de Nazaret, aplicándoselas para describir la misión a la que el Padre le envía y en la que el Espíritu es el impulsor.

Esa misión reintegra a las personas en el mundo de relaciones de las que estaban expulsados por una u otra razón: por ceguera o porque les habían privado de libertad. Todas personas frágiles y rotas que viven en la oscuridad, porque fueron enviados al

mundo de las tinieblas por otros seres humanos. Por ello, el siervo también lleva el apelativo de “luz de las naciones”. Es el que devuelve los colores a la creación anegada, como al final del diluvio. El que da la capacidad de ver de otra manera (“Bienaventurados los que creen sin haber visto”), de poder ser libres de otro modo (“¿Qué quieres que haga por ti?”). Una misión que Jesús denomina Reino y que la va a desplegar en multitud de encuentros y en una constelación de palabras que nacen “de la verdad que traerá justicia”.

Hasta aquí el “qué” del Reino, pero el “cómo” es fundamental para nosotros. Se puede liberar a otros y a uno mismo ejerciendo violencia o apabullando conciencias que siempre serán deudoras (liberar para hacer esclavos). El Nazareno es el siervo, el que “ha venido a servir y no a ser servido” como modo de vida. Nos sitúa en actitud de jofaina y toalla en el Evangelio de Juan. Pero el texto de Isaías lo dibuja de otro modo: “No gritará, ni alzaré su voz, ni la hará oír en las calles”. La justicia que brota de la verdad escoge la vía de lo delicado, de lo sutil. Frente a la tentación recurrente del grito y de la presencia fuerte que crea ene-

**La riqueza de lo distinto,
se enriquece con la gratitud
de un lenguaje nuevo**

migos, descubrimos esta nueva mirada desde la discreción que también es presencia. Cómo aparecemos ante los otros no es una cuestión por la que tengamos que pasar de puntillas. Cómo hacemos lo que hacemos,

sea más visible o menos, dota de capacidad evangélica nuestras vidas e instituciones.

Es el respeto infinito por lo que está totalmente astillado, a punto de la rotura total: “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo humeante”. Es la entraña del modo de ser y hacer de Jesús. Situar-se al lado de los astillados desde mis propias fragilidades. Autenticidad (verdad) que no impone ni ciega, sino que se deja acompañar y acompaña, aunque, a veces, no pueda nada. Aquí vivimos la impotencia del que ama desde el amor que se entrega. Los dogmatismos dejan de tener sentido y las ideologías se van diluyendo para dejar paso a nuevas formas de relación que crean vínculos y que reintegran a quien se había perdido o a nosotros mismos cuando nos perdemos.

En algunos momentos esto nos va a exigir dejar a 99 y abandonar rediles para poneros en actitud de búsqueda. Muchos de los encuentros de Jesús se producen en los caminos y algunos de manera fortuita. Esto supone que nos movamos, que salgamos y transitemos otros lugares, física y existencialmente. Con el tiempo nos volvemos más sedentarios interiormente pero la actitud de búsqueda es algo que no deberíamos perder. Búsqueda de encuentros con aquellos

que pasan desapercibidos o que son invisibles (por irrelevantes). No hace falta irse muy lejos para propiciar estos tipos de encuentros, los tenemos dentro de nuestras comunidades y en la tienda de al lado cuando salimos a comprar el pan o vamos a la farmacia.

También podemos vivir nuestras fragilidades comunitarias e institucionales como momentos hermosos, aunque dolorosos, por los que dejar pasar al que es “luz de las naciones” por medio de nuestras grietas. Es complicado porque es asumir nuestra minoridad y fragilidad como fruto (y acción) del Espíritu. El fracaso (y esto es muy difícil de decir y más de aceptar) es condición de posibilidad para poder transparentar resurrección y vida en abundancia. Seguimos tentados en copiar “fórmulas de éxito” de otros grupos o movimientos que triunfan, cañas fuertes y pábilos brillantes. Pero otra cosa muy distinta es compartir buenas prácticas, que no siempre implican el éxito de convocatoria ni los grandes números en eventos. Buenas praxis de cuidado, de cercanía con las soledades y heridas propias y de los prójimos de aquí al lado o del otro “al lado” que está a cientos o miles de kilómetros.

El mes que viene daremos el paso hacia las relaciones frágiles a las que nos invita Jesús.

Preguntas para el diálogo

- ¿Qué significa para que Dios pueda ser todo-vulnerable en el amor?
- ¿La historia de Caín y de Abel o la de Babel, cómo se manifiesta en nosotros y en nuestras comunidades?
- ¿Qué puede implicar asumir nuestras fragilidades y salir al encuentro de las de los demás en la clave del Siervo?



La sustancia de lo que se espera

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO. PREFECTO DEL DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

“¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué se me permite esperar?”.

Lo cierto es que las tres preguntas emblemáticas en torno a las cuales Kant articuló su pensamiento se filtran en cierto modo en la vida ordinaria y, de un modo u otro, se encienden también en nuestro interior, a la espera, incluso más que de una respuesta taxativa, de una profundización, de una maduración y de un camino. Cada una de estas preguntas es un punto de partida para un viaje humano muy largo, indecible y abierto que es el nuestro. Y eso se concreta, efectivamente, en un trabajo de carácter racional, como propone Kant, pero no exclusivamente, porque pronto descubrimos que es la vida entera, en sus muchas dimensiones, la que se implica en esta tarea. Por supuesto, la racionalidad y el plano filosófico agudizan las cuestiones, pero, como

enseña Shakespeare, hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que pueden imaginarse simplemente a través de la filosofía. Nuestra existencia cotidiana nos da noticia de esa riqueza.

Puede que no nos demos cuenta, pero esas preguntas siempre están latentes. Las formulamos con otras palabras o implícitamente, las llevamos con nosotros cuando, por ejemplo, nos enfrentamos a aquello para lo que no tenemos respuesta, y que puede ser tanto el drama como el éxtasis que conlleva nuestro estar en el mundo. La imposición dramática del límite, la experiencia de la enfermedad, las diversas morfologías con las que la granada del dolor nos destroza nos hacen sin duda volver, con crudeza, a esas preguntas. Pero también el éxtasis: la visión de un rostro amado; el sabor indescriptible de algunas horas todavía vivas en nuestra memoria;

una hoja que se posa aleatoriamente en nuestra mano sin que nos demos cuenta inmediatamente de lo que nos susurra en silencio; la súbita inmensidad de la que tomamos conciencia mirando (como hacen los niños) de repente al cielo.

Sin duda, las preguntas pueden aturdirnos, en particular la que nos devuelve a la cuestión sobre la calidad de nuestra esperanza. “¿Qué se me permite esperar?” es una pregunta ardua y, sin embargo, extendida por todas partes. Nos recuerda que somos seres de frontera, nos proyectamos, nos trascendemos, no nos sentimos completamente ubicados aquí, olfateamos un futuro. Luchamos como Jacob con algo, y de esa lucha salimos cojeando. Al final, eso es lo que somos todos: mustios, inacabados, todos esbozos de una perfección aún por llegar, pues dependemos de la sustancia de las cosas esperadas.

MÁS QUE UNA FOTO



Jesús Díaz Sariego
Provincial de los Dominicos - Hispania
Presidente de CONFER

ENTREVISTA

«Cuidar y acariciar el dolor es la tarea más preciosa de mi vida»

La palabra es bella cuando brota en silencio, a fuego lento, al despertar de una presencia consoladora que convierte el cuidado en amor. Al latir de esa brisa amanece la mirada de fray Jesús Díaz Sariego: donde el Verbo encarnado se hace caridad, en los ojos de un Dios que inunda de ternura cada llaga que acaricia, en el corazón desnudo de quien ofrece por entero su vida por amor

Carlos González García
Periodista y escritor

Cae la tarde en Madrid. Lo hace lentamente, con mesura, como quien posa su mano sobre la herida de un Cristo abandonado. Son las 18:55 horas de un invierno que desprende un precioso olor a lluvia. Apenas queda luz en la calle, pero el reflejo de las aceras me lleva hacia un rincón donde la brisa del Espíritu engalana el rostro de la piedad.

Llego. Con los pies cansados, pero con paz. El convento de Nuestra Señora de Atocha mana una quietud que cobija a aquel que toca el corazón de su puerta. Ni siquiera hace falta creer para saberse en la casa de un Dios que ampara las ausencias más largas. Fray Jesús Díaz me recibe agradecido, con los brazos llenos de bondad, porque sus ojos no saben mirar de otra manera. «¿En qué puedo ayudarte?». La voz paciente y la sonrisa amiga del prior provincial de los dominicos de la Provincia de Hispania custodian el eco de quien escribe cuidado y consuelo en la intemperie del silencio. Subimos las escaleras del convento, y cada paso del también presidente de CONFER atrapa la caricia de Dios en un suspiro. Al borde de su ternura vive el Eterno, donde la plegaria sostiene y custodia el milagro, entre el amor

y dolor. Y lo muestra con delicadeza. Dejándose doler, incluso, si es necesario, revelándose —en el reflejo de una mirada sacerdotal que ampara, aunque haga frío, la piel sufriente del hermano— que ante el cáliz desbordado, nace a solas la Belleza y solo queda el Amor.

¿Quién es Jesús Díaz Sariego?

En lo personal, me considero una persona introvertida, ordenada y trabajadora. Quizás con demasiado celo por la responsabilidad, y esto me hace sufrir cuando no estoy a la altura o no logro responder como los demás esperan que haga. En lo profesional, me apasiona estudiar e impartir clases de Teología a nivel universitario. Y en lo espiritual, la vida como dominico me ha llevado a ofrecer muchos retiros y ejercicios espirituales a religiosas, religiosos, sacerdotes y laicos, y esto me ha ayudado a perfilar mi propia vivencia de la fe y me ha alimentado en el ejercicio del ministerio presbital.

¿Cómo experimentas, desde que eras un niño, que Dios te llama a construir su Reino en una fraternidad de hermanos que se compromete desde el amor, la liber-

tad y el anhelo de un mundo mejor?

Nací en una familia religiosa y practicante. En mi fe, fue muy importante el cura de mi pueblo (Riosa, Asturias), a quien conocí de niño: un hombre entregado y con una vida muy austera. Su fidelidad al sacerdocio me admiraba y, desde muy niño, me decía —no pocas veces en mi interior— que lo que ese sacerdote hacía a mí me apasionaba... La vocación religiosa (dominicana) vino después. En mi familia, mis hermanas y mis primos estudiaban en los colegios de las dominicas y de los dominicos, en Oviedo. Desconocía totalmente lo que esas religiosas y esos frailes representaban. Pero en casa siempre se hablaba bien de ellos; así que fue, más bien, una apuesta familiar.

Y así, poco a poco, brota en tu corazón un estilo de vida que se fundamenta en la contemplación, el estudio y la comunidad...

Hablar de contemplación, estudio y comunidad son palabras mayores. Uno va madurando en ellas día a día, paso a paso. Son tres vocablos que me entusiasman. No podría vivir mi vocación religiosa dominicana sin ellos. Es más, cuando me ador-

mezcó en su cultivo o cuando el ritmo de vida con las tareas y responsabilidades me reduce en ellas, lo noto de veras. Como bien dices, son un estilo de vida, una forma de encararla, pues van configurando un modo de ser y de actuar. A mí me encantan por lo que representan, pero sobre todo por lo que alientan la propia vida.

Podría parecer paradójico hablar del silencio en la Orden de Predicadores, donde estáis llamados a predicar a tiempo y a destiempo. ¿A qué suena el silencio?

El silencio me suena a otro modo de comunicación. Es reflexión, ponderación, prudencia, reposo. Me evoca profundidad y claridad, me ayuda a vivir la vida y me educa en lo fundamental. El silencio es lo máspreciado que tenemos los humanos, porque estamos llamados a comunicarnos. El silencio proporciona belleza a las cosas de las que hablamos y a las personas con las que conversamos. Gracias a él, podemos comunicar mucho mejor nuestro ser, lo que somos y lo que hacemos. Cuando se elige libremente, nos serena y apacigua; nos permite, incluso, ver las alegrías y tristezas de este mundo con la densidad del Espíritu que merecen.

Dice la Palabra que «bueno es esperar en silencio el socorro del Señor» (Lam 3, 26). Tal vez solo hay un sendero para ir hacia Dios y hacia uno mismo, ¿y ese es el silencio?

Estoy totalmente de acuerdo con tu apreciación. A Dios se le descubre mejor en el silencio orante. Cada vez percibo con más fuerza el valor del silencio. A medida que uno va transcurriendo por su propia existencia, se percata de su preciosidad y necesidad. En realidad, nuestra fe nos enseña a anhelar nuestro encuentro con Dios. «Salimos de Él —es nuestro creador— para volver a Él —porque es nuestro salvador definitivo—», parafraseando a nuestro querido santo Tomás de Aquino. El silencio es un lenguaje que le pertenece a Dios y el corazón del hombre guarda silencio ante el Misterio que siempre desborda.

¿Cómo vive la soledad un fraile dominico?

Vivir una soledad impuesta porque nadie te acompaña o te tiene en cuenta, es una experiencia humana triste y dolorosa. Es una muerte en vida. El fraile dominico, según nuestra propia tradición, nos enseña otro camino sobre la soledad. Es una soledad libremente buscada y equili-

bradamente querida. La soledad maduramente buscada, sin ignorar a los demás ni al mundo, es necesaria en algunos momentos de la vida. Al final, hay dimensiones en nuestro interior a las que cada uno debe enfrentarse a solas...

Incluso Jesús tuvo que vivir, en su propia carne, la soledad...

Siempre me llamó la atención en la vida pública de Jesús que, como relatan los Evangelios, después de una actividad intensa de predicación con sus enseñanzas y sus milagros, se retira a solas. Algo que, en algunos momentos, sus propios discípulos no logran comprender del todo. Pero Él los educa en la soledad buscada y necesaria para la propia subsistencia. La soledad, como me gusta decir, ha de ser habitada: por Dios y por uno mismo. Hemos de aprovechar y disfrutar ratos de soledad, que nos permitan descubrirnos y darnos cuenta de quiénes somos y qué queremos. La soledad, vivida de esta manera, te mantiene concentrado, pero no ensimismado. Desde esta soledad, donde los demás también están intensamente presentes, uno vuelve con un espíritu nuevo, renovado y anidado por el corazón del Padre.



Y si te hablo de la mística del cuidado, ¿cómo late tu corazón?

El cuidado es otra palabra que me fascina. El cuidado entre los humanos es un lenguaje universal. Todos entendemos de su necesidad e importancia porque también sufrimos su ausencia. Si alguien no tiene a nadie que le cuide, su vida pierde misterio y transcendencia. Por eso me gusta que hayas unido en la pregunta «mística» y «cuidado». Porque la mística se refiere a alguien, a algo que incluye misterio. A todos nos gusta que nos cuiden, especialmente cuando nos percibimos más necesitados por razones personales, de salud,

etc. Pero tú me preguntas sobre cómo late mi corazón cuando me hablas de la «mística del cuidado»... No late como el ladrido de un perro agresivo, sino como un modo de expresar la ternura que llevamos dentro. La mística del cuidado, como tú la denominas, se descubre desde dentro. Cuando haces el esfuerzo de procurar el cuidado de los otros más desde Dios que desde ti mismo, aunque las implicaciones emocionales de cada uno siempre están ahí, descubres con mayor entereza la gratuidad del amor. La mística del cuidado canaliza el amor de Dios a los demás, porque son merecedores de su entrega, de su ternura,

de su misericordia; en fin, de su cuidado.

¿Y cómo se consigue deramar el amor de Dios a los demás?

Vivir de esta forma las cosas requiere muchas horas de oración, un conocimiento de uno mismo profundo y un saber llevar la caricia de Dios a los demás con el respeto que se merecen. Es la delicadeza que Dios nos ha enseñando cuando debemos tratarnos entre nosotros. Es un principio básico y elemental en las relaciones humanas. Esa delicadeza expresa el misterio de Dios en nuestra vida. Por eso el cuidado es, ante todo, místico.

¿Podría decirse que la vida dominicana está llamada a ser toda contemplación?

Por supuesto que sí. Pero, ojo, cuando los dominicos hablamos de contemplación no nos estamos refiriendo a una dimensión meramente pasiva. No es un ensimismamiento ni un olvidar que pisamos tierra: una tierra a la que amamos. Es procurar la vida de los demás. Interactúa desde Dios con las cosas del mundo y explora el mundo para, desde él, ir a Dios. Podríamos decir que la contemplación dominicana tiene dos amores: ama a Dios y busca su intimidad con Él; y ama al mundo, más allá incluso de sus limitaciones y desaires.

¿Por eso, tal vez, hay que hablar a Dios de las cosas del mundo y al mundo de las cosas de Dios?

Así es. Los misterios más importantes del Hijo de Dios son su Encarnación y su Resurrección. Dos misterios que tienen que ver con Dios, porque es el protagonista principal en la vida terrena de Jesús; pero también tienen que ver con lo mundano, con la carne, con lo experimentado y vivido en la propia existencia. Cuando contemplamos el misterio de la Encarnación y el misterio Pascual de Jesús, lo divino y lo humano interactúan de una manera tan manifiesta que resulta una verdadera

gozada para quien lo sabe contemplar desde esta perspectiva. La contemplación nos lleva al testimonio y al compromiso.

También a través del estudio, ¿no?

Siempre defenderé que tanto el estudio como la oración personal y litúrgica (comunitaria) forman parte de la espiritualidad del creyente. Un creyente y un hombre o mujer consagrados deben educarse en la disciplina del estudio como aquello que nutre lo que oramos y celebramos. Al mismo tiempo, nuestra dimensión más celebrativa y orante de la fe ilumina la búsqueda más



intelectual que podamos hacer. Es como si en la oración, por decirlo de alguna manera, entregáramos más libremente nuestro corazón al Señor, nuestra parte más afectiva y emocional, y en el estudio nuestra parte más racional. El estudio (y la ascesis que conlleva) nos educa en la reflexión, en la interiorización, en el conocimiento pausado y en profundidad de las cosas. La fe también es inteligente, requiere del estudio para ser comprendida, razonada y explicada. Eso sí, esta inteligencia que le es propia siempre deberá ser acompañada por el encuentro personal y amistoso con Dios.

¿Quieres decir que el estudio es necesario para una vida de fe?

Desde luego. Interiorizar la Palabra de Dios requiere de la disciplina del estudio para que nuestra conversación con Dios sea más eficaz. Cuando dialogamos con Dios no pretendemos cambiarle a Él, sino más bien cambiar nosotros. El diálogo interior que nos abre el estudio de la Palabra nos ofrece un camino personal y colectivo de conversión increíble.

Hace unos días escuchaba a un sacerdote decir que «el que no ama no se puede encontrar consigo mismo, y

el que ama nunca se olvida de Quien ama». Por tanto, ¿hay que amar para encontrarse?

Hay que amar para encontrarse adecuadamente con los demás, con Dios y, muy importante, con uno mismo. Cuando despreciamos a los demás nos estamos amando poco a nosotros mismos. El amor es otro de los aprendizajes de la vida. El camino para llegar a amar desprendidamente es un itinerario nada fácil de recorrer. El amor supone superación, renuncia, salir de nosotros mismos y de nuestras apatencias. El amor exige madurez y honestidad. El Evangelio nos enseña a amar. Es una de las principales preocupaciones de Jesús; por eso, lo pone como el precepto principal. Si seguimos el itinerario de este precepto en la vida y enseñanza de Jesús, nos lleva, incluso, a tener que amar a nuestros peores enemigos. Basta con que pensemos por un momento en esto: ¿Qué se despierta en mí cuando logro realmente perdonar e, incluso, cuando logro no guardar en mi corazón ni el más mínimo rencor a quien me haya procurado un daño mayor? El gran mandamiento del amor nos ayuda a encontrarnos con nosotros mismos y con los demás.

¿Es posible describir la Belleza?

La belleza nos educa en la admiración. Yo diría que se puede contemplar y acariciar como la luz que nos acompaña en el camino. Sí podemos describir las manifestaciones de la belleza ante nuestros ojos. Otra cosa es describir la belleza en sí. Yo diría que, ante todo, la belleza es luz. La Luz es la gran metáfora de la Belleza, de lo sublime que nos desborda y causa asombro y admiración. La luz nos precede; por eso se descubre cuando nos sale al encuentro y nos seduce. Y, a la vez que nos excede y nos trasciende, también nos ha rozado, nos ha tocado y es claridad e iluminación, al menos para el siguiente paso en el camino. La luz también es comprensión, acercamiento, conocimiento. Y es reconocimiento del otro; nos vincula, nos aproxima y nos trae el calor del encuentro. El mundo necesita la luz de la Belleza.

¿Y el Amor?

Ante todo, el amor es una experiencia de relación. En el Evangelio se nos ofrecen los términos de esa relación: amor a Dios y amor a los demás. He ahí su mejor entrega y creatividad, su vara de medir. El Amor de Dios se describe mejor desde la comunión de voluntad. La afir-

mación de nuestra voluntad en la suya es un proceso que siempre está en camino, ya que el amor nunca se da por vencido. Se va transformando en el transcurrir de la vida, en el devenir de la vida madura; y, por eso, permanece fiel a sí mismo. Este es el auténtico contenido del amor: hacerse uno, en el proceso de la propia existencia, al Amor de Dios. Esta es nuestra mejor descripción del amor: procurar que nuestro querer y nuestra voluntad coincidan, cada vez más, con el querer y la voluntad de Dios.

San Agustín decía que «Dios está más dentro de mí que lo más íntimamente mío». ¿La contemplación de Jesús Crucificado y Resucitado transfigura la mirada del creyente?

La Pasión, Muerte y Resurrección del Señor traspasa toda conciencia humana. En ese sentido, transfigura la mirada del creyente. Por eso, el Misterio Pascual, más allá de su tragedia humana, es bello. Nos aproxima y acerca al misterio de nuestra propia existencia, nos ayuda a descubrir el valor del sufrimiento cuando este redime y, sobre todo, nos muestra un amor único que se entrega por todos y por cada uno. Esta entrega es la mayor belleza que

nuestros ojos pueden contemplar.

Compartir el abismo te permite abismarte en el dolor del otro. ¿Qué significa para ti el Sagrario?

El Sagrario me recuerda momentos importantes en mi vida personal. Más que un objeto es una presencia. Los momentos ante el Sagrario son de libertad personal, de contraste, de discernimiento, de escucha y, cómo no, de silencio habitado. Es la continuación de la Eucaristía. Por eso alimenta, nutre y ayuda a crecer en lo humano y en lo espiritual. Ante el Sagrario hay complicidad, un compromiso mutuo entre la presencia pascual de Jesús y uno mismo. San Juan de la Cruz, desde la configuración mística de su persona, nos advierte especialmente a los que vivimos una vida con mucha actividad pretendiendo «ceñir al mundo con nuestras predicaciones y obras externas» que sacaríamos más provecho para nosotros mismos y para la Iglesia, agradando incluso mucho más a Dios, si «gastásemos siquiera la mitad de nuestro tiempo en estarnos a solas con Dios en oración».

Con los ojos fijos en santo Domingo de Guzmán, ¿qué

puede aportar a este tiempo la espiritualidad dominicana, tan centrada en el Misterio?

La espiritualidad dominicana tiene como claustro el mundo. Dicho de otra forma: el mundo es su claustro. Para nosotros, el mundo es el lugar donde Dios se ha encarnado. Nuestra espiritualidad es la espiritualidad de la encarnación. Bendecimos al mundo, siendo muy conscientes de que no todo lo que hay en él es acorde a los planes de Dios. Pero lo queremos porque es el mundo en el que Dios se hace presente. Dios quiere hacerse un espacio entre nosotros. Hay una especie de encarnación continuada: un modo de decir que, en los procesos del mundo, Dios va ganando su espacio. En realidad, esta es nuestra misión: procurar espacio para Dios en nuestra propia realidad. De esta forma, el proyecto de Dios se va realizando y su Reino extendiendo.

También me parece sublime vuestro modo de acoger al ser humano...

Es, desde luego, otro rasgo importante de nuestra espiritualidad. Partimos más de la confianza que de la sospecha. Tanto es así que nuestras leyes, ya desde sus inicios, obligan a pena, pero no a culpa.

Es un modo de preservar la libertad de nuestra conciencia. Esto supone para nosotros una exigencia mayor: la configuración de una conciencia madura y adulta, impregnada por la Palabra y en contraste permanente con Dios y con los hermanos. La confianza en los demás es uno de los pilares básicos de nuestra convivencia fraterna y comunitaria, así como del diálogo incansable que podamos establecer con la realidad.

Celebramos este mes la Jornada de la Vida Consagrada, con el lema Caminando en esperanza. ¿Cuáles son hoy los retos y los desafíos en la vida religiosa?

Vivimos unos momentos sociales, culturales y religiosos de mucha incertidumbre, y la experiencia de la fe nos abre horizontes de esperanza. La esperanza es, ante todo, confianza en Dios y en el mundo. No en vano, insertos en el mundo, es donde encontramos el mejor caldo de cultivo para afrontar los retos y desafíos que, como consagrados, tenemos en el presente.

Un reto importante es, sin duda, potenciar nuestra adecuada conexión con el mundo tan secularizado de hoy y no perder la comunicación con nuestros contemporáneos. Sin una empatía mutua se hace realmente difícil lle-



gar a transmitir el Evangelio. Otros retos tienen que ver con nuestra estructura interna, mirando hacia el interior de la propia Iglesia y de sus carismas. Los desafíos son muchos, pero no nos aplastan ni reducen entusiasmo por seguir siendo fieles en el seguimiento al Señor. Estamos en otro momento cultural y religioso, y esto requiere otra levadura que fermente la masa. Uno de nuestros grandes desafíos está precisamente ahí: ¿qué levadura nos pide el Espíritu para fermentar el mundo en el que nos encontramos? La respuesta a esta pregunta irá configurando una vida consagrada con acentos distintos a los que hasta ahora hemos podido conocer. Son las cuestiones recurrentes que nos siguen

inquietando, porque tienen que ver con la evolución de nuestros carismas y su adaptación al nuevo momento cultural; con la demografía vocacional; con el envejecimiento de nuestro patrimonio más valioso, que es el humano; con el peso que ha de seguir ganando la vida consagrada femenina, ya que la mujer sigue siendo un tesoro para la Iglesia que requiere –por fidelidad evangélica– ocupar el lugar que le corresponde...

Tal vez, uno de los mayores retos de la vida religiosa es estar cerca de la herida. ¿Qué supone ser aliviadores del sufrimiento de los demás?

Aquí la vida religiosa se juega mucho, pues pone en

entredicho su credibilidad. El sufrimiento siempre será una tarea pendiente para el ser humano. Podemos tener respuestas parciales a su realidad, pero difícilmente una respuesta global sin acudir a quien nos ha creado. Dios sabe que ante el dolor y el sufrimiento de los demás no podemos quedarnos quietos. Me atrevo a decir que todos los carismas en la Iglesia pretenden, desde diversas miradas sobre la realidad del mundo y de los hombres y mujeres de cada tiempo, ser un bálsamo que venza, alivie y reoriente el sufrimiento de las personas. La vida religiosa debe estar ahí. Y cuando los consagrados acogemos el sufrimiento de la gente estamos siendo la mediación que Dios espera para aliviar y sanar su dolor.

Si somos un sueño de Dios, ¿qué sueños te gustaría ver cumplidos desde tu servicio al frente de la CONFER?

Hemos de ganar más en sinodalidad entre nosotros. Hasta ahora, cada institución se veía más fuerte y, por lo tanto, obraba de una forma más autónoma. En la actualidad, las circunstancias internas de cada congregación y la situación contextual, social y cultural han cambiado

mucho. Hemos de presentarnos a la sociedad reforzando, aún más, nuestra comunión y colaboración sinodal. Es un signo de los tiempos, sin duda alguna. Sueño con una CONFER, en este sentido, más sinodal y comprometida con la realidad de nuestro país.

¿Crees que tomar partido «con Él» y «en Él», desde el corazón de la vocación, es el reto de cada uno de los carismas que componen la Iglesia?

Sí, es una cuestión de adhesión. El seguimiento de Jesús hay que personalizarlo, hacerlo creíble en la propia vida. Este modo de hacer genera convicciones por las que luchar con convencimiento y coherencia. La vocación es una forma de vida, pero sobre todo es aquella inclinación o interés por buscar a Dios en las realidades del mundo.

Mirando cara a cara a la Eucaristía y a la ofrenda del altar que haces vida cada día, ¿es esencial en la vida religiosa ser ese Pan bueno que se deja acariciar y ese Vino que alivia sin descansar?

La Eucaristía es el centro de nuestra vida cristiana, donde Jesús se nos entrega con su Cuerpo y con su Sangre. Sin ella no hay alimento

y, por lo tanto, no hay encuentro pleno con el Señor ni con nuestros semejantes. No podemos ser alimento para los demás si previamente nosotros no nos hemos alimentado del Pan y del Vino eucarístico. Hemos de amar a los demás, especialmente a los pobres y enfermos, desde la Eucaristía.

Después de 40 años en la Orden, ¿la aventura de ser fraile dominico sigue siendo apasionante?

Tras vivir la mayor parte de los años de mi vida como fraile dominico, puedo decir que sigue siendo apasionante. La búsqueda de Dios me sigue entusiasmando: una búsqueda que se realiza en la pasión por todo lo humano. No me arrepiento, en absoluto, de ello y de todo el esfuerzo que supone. No solamente ha merecido la pena, sino también la alegría de ser lo que uno realmente ha querido ser. La vida, desde las propias convicciones, la vamos entregando; nos vamos desgastando en favor de los demás cuando la ofrecemos en cada detalle. Así, salvo que Dios disponga otra cosa, voy entregándome día a día. Y aunque no siempre sepa estar a la altura, cuidar y acariciar el dolor es la tarea más preciosa de mi vida. **VR**

COLABORA CON UCRANIA



CÓMO COLABORAR

Haciendo una transferencia bancaria:

ES06 0049 0631 9627 1008 3391

o entrando en la web:

fundacionproclade.org

Tu donación desgrava, para lo cual necesitamos tus datos personales que puedes facilitarnos a través del formulario web, por e-mail: basesocial@fundacionproclade.org o en el teléfono 91 314 78 71



PROCLADE
FUNDACIÓN
ONG PROMOVIDA POR LOS MISIONEROS CLARETIANOS



Taizé con los jóvenes y el Sínodo

José Miguel de Haro Sánchez, CSsR
Párroco del Smo. Redentor (Madrid)

El documento de trabajo para la etapa continental del Sínodo de la sinodalidad, afirma: “El Sínodo avanza: podemos afirmarlo con entusiasmo un año después de su apertura. Las síntesis enviadas expresan el deseo de una Iglesia que camina con Cristo bajo la guía del Espíritu para cumplir su misión de evangelización”.

A la sesión de apertura del Sínodo fue invitado, entre otros, el Hermano Alois, prior de la comunidad ecuménica de Taizé. Aquella mañana del 9 de octubre de 2021, él dio las gracias al papa Francisco por haber convocado el Sínodo, por la tradición de invitar a

delegados de otras iglesias y por pedir su participación en la apertura.

Esa mañana, en los cinco minutos de su intervención, el Hermano Alois se preguntaba “¿cómo podemos avanzar en la unidad de los cristianos?”. Sin que sea necesario ocultar los conflictos, sino desde un “espíritu de ecumenismo receptivo”, abriéndose a un diálogo que reconcilie.

Para favorecer ese camino, dijo dirigiéndose a los participantes: “Me parece deseable que haya, en el camino sinodal, momentos de respiro, como pausas, para celebrar la unidad ya realizada en Cristo y hacerla visible”.

Y entonces, dirigiéndose al Santo Padre, y apoyado en la experiencia de Taizé, le dijo: “Ya que nos invita a soñar, quisiera compartir un sueño. ¿Sería posible que un día en el curso del proceso sinodal, no solo los delegados, sino el Pueblo de Dios, no solo los católicos, sino los creyentes de las diversas iglesias, fueran invitados a un gran encuentro ecuménico? Gracias al bautismo y a las Sagradas Escrituras, ya somos hermanas y hermanos en Cristo, unidos en una comunión todavía imperfecta, pero real, incluso cuando las cuestiones teológicas siguen sin resolverse” (...). Descubriríamos que, unidos en Cristo, nos convertimos en artesanos de la paz”.

La respuesta pública la ha dado el Papa el domingo 15 de enero de 2023, tras el Ángelus en la Plaza de San Pedro, hablando de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, declaró:

“El camino hacia la unidad de los cristianos y el camino de la conversión sinodal de la Iglesia están unidos. Por ello, aprovecho la ocasión para anunciar que el próximo sábado, 30 de septiembre, tendrá lugar en la Plaza

de San Pedro una Vigilia Ecuménica de Oración, con la que confiaremos a Dios los trabajos de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Para los jóvenes que acudan a la vigilia habrá un programa especial durante todo el fin de semana, organizado por la comunidad de Taizé. Desde ahora, invito a hermanos y hermanas de todas las confesiones cristianas a participar en esta reunión del Pueblo de Dios”.

Así, el lunes 23 de enero se ha presentado y lanzado en la sala de prensa del Vaticano el Proyecto “Together” que invita a jóvenes entre 18 a 35 años de todas las tradiciones cristianas, a participar en Roma el indicado fin de semana de septiembre. Serán acogidos por parroquias y comunidades de Roma y se alojarán con la población local. En el centro de ese encuentro del Pueblo de Dios tendrá lugar la Vigilia Ecuménica de Oración, en presencia del papa Francisco y representantes de varias iglesias.

La vigilia de oración estará abierta a todos, pero los jóvenes de 18 a 35 años están invitados desde el viernes anterior por la noche





a participar todo el fin de semana. La mañana del sábado habrá “rutas” que permitirán encuentros y visitas a diversos lugares de Roma. Están invitados a tomar parte en talleres, mesas redondas y conversaciones espirituales sobre diversos temas en iglesias de distintas confesiones y otros lugares.

Uno de los momentos culminantes del fin de semana será el culto, que se celebrará el sábado por la tarde en un lugar céntrico de Roma, tras el cual los participantes marcharán juntos a la Plaza de San Pedro.

El Papa ya subrayó la estrecha relación entre sinodalidad y ecumenismo afirmando que “el camino de la sinodalidad... es y debe ser ecuménico, del mismo modo que el camino ecuménico es sinodal”. Por lo que la presencia de líderes de las distintas iglesias cristianas en esta vigilia ecuménica, y en vísperas de la asamblea sinodal, tendrá una importancia sin precedentes.

Este “encuentro del Pueblo de Dios” forma parte del proceso sinodal de la Iglesia Católica y manifiesta el deseo de aumentar la unidad visible de los cristianos

“en camino”. Así se afirma en la presentación del proyecto que pueden encontrar en la página web oficial del acontecimiento: www.together2023.net:

“¿No es Cristo quien nos llama y nos abre un camino con Él como compañeros de viaje, junto a los que viven en los márgenes de nuestras sociedades? En el camino, en un diálogo que reconcilia queremos recordar que nos necesitamos unos a otros, no para ser más fuertes juntos, sino como contribución a la paz en la familia humana. En la gratitud por esta comunión creciente, podemos sacar el ímpetu para afrontar los desafíos de hoy frente a las polarizaciones que fracturan la familia humana y el grito de la Tierra. Encontrándonos y escuchándonos unos a otros, caminemos juntos como Pueblo de Dios”.

Ya hay implicadas iglesias y federaciones eclesiales, comunidades y movimientos, servicios de pastoral juvenil. Por iniciativa de Taizé y en estrecha colaboración con la Secretaría del Sínodo de Roma, el Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, el Dicasterio para los Laicos, la Fami-

lia y la Vida y el Vicariato de Roma, el proyecto se ha puesto en marcha.

Tras esta invitación ecuménica previa a la fase del Sínodo de la Sinodalidad con Obispos, podemos encontrar algunos significados:

El compromiso determinado del papa Francisco a incorporar a la marcha de la Iglesia Católica a otras tradiciones ecuménicas. No como invitados, observadores, sino como participantes. Ojalá un día puedan ser plenos, con derecho a voto, en la marcha de la Iglesia Universal.

Puertas abiertas a la integración en los órganos del Vaticano y al proceso de comunión en las instituciones, movimientos y con-

gregaciones religiosas para preparar y vivir juntos, ojalá que no solo este encuentro.

Taizé aparece una vez más invitando a avanzar con proposiciones concretas para caminar hacia la unidad, provocando la Iglesia del futuro, dando su lugar a la oración, los jóvenes, el ecumenismo.

En muchos está el deseo de que este encuentro ecuménico con los jóvenes no se quede en un acontecimiento más en la Plaza de San Pedro, sino que nos despierte a la urgencia de la Unidad para una evangelización común. Una oportunidad para vivir con los jóvenes el camino sinodal y descubrir juntos la Iglesia del futuro. 

Casa de Espiritualidad Santa María de Huerta
Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús
Calle San Bernardo, 10, 42260 Santa María de Huerta, Soria
Tel. 975327001 - 676 89 75 77
hola@casasantamariadehuerta.es
www.casasantamariadehuerta.es

Ejercicios Espirituales:

5-9 abril

Orar en Triduo Pascual.

Dolores Aleixandre Parra, rscj y Fernando Rivas Rebaque

2-9 julio

Los Cuidados del Amor.

Mariola López Villanueva, rscj y Arantxa Odriozola Zubia, odn

23-29 agosto

Días de Oración y Crecimiento Personal.

Dolores Aleixandre Parra, rscj y Alfonso López Fando Lavalle





Nos cuesta encontrar una clave constructiva para hablar de nuestros insomnios

Dolores Aleixandre publica *Sueños e insomnios sobre la Vida Consagrada*. Un nuevo libro para los consagrados que a nadie dejará indiferente. Desde su indudable perspectiva y compromiso con este tiempo del Espíritu nos ofrece una lectura imprescindible para sostener humana y teológicamente la innovación

Luis A. Gonzalo Díez, cmf
Director de VR

Un libro más. ¿Qué aporta Sueños e insomnios sobre la vida consagrada?

Espero que aporte normalidad a la hora de hablar de ambos, porque sobre sueños sí hablamos y escribimos pero encontrar una clave constructiva para hablar de insomnios, nos cuesta más. Así que ponerles nombre y escuchar los de otros puede resultar saludable.

¿Cuáles son los sueños de Dolores Aleixandre sobre la vida consagrada?

Creo que estamos viviendo una situación parecida a la del paralítico descolgado en camilla por el tejado y puesto junto a Jesús (Mc 2,1-12). Lo mismo que él, estamos un poco paralizados/bloqueados por circunstancias de disminución, envejecimiento y fragilidad que no habíamos elegido: se han abierto enormes boquetes en nuestros tejados institucionales, estamos siendo “descolgados” hacia abajo y nos entra vértigo ante esta experiencia de descenso.

¿Mi sueño? Que acertemos a vivirlo confiadamente, convencidos de que el Señor nos espera precisamente abajo, con palabras de ánimo que nos vinculan estrechamente a Él y nos invitan a ponernos de pie y a soltar

camillas inútiles. Seguros de que Él nos recibe como la tierra buena de la parábola, invitándonos a hundirnos y sembrarnos ahí para germinar, desplegarlos y dar fruto de otra manera.

¿Y los insomnios?

Un insomnio o más bien una pesadilla, es imaginar la posibilidad de dar otro final a la escena de la vocación de Leví: no nos decidimos a levantarnos ni a dejar atrás nuestros telonios de viejas costumbres, hábitos y saberes, por miedo a que cualquier cambio nos desestabilice y ponga en peligro nuestra tranquilidad. Así que seguimos pegados a lo de siempre, como percebes en su roca, y

nuestra instalación en lo conocido –“no lo permita Dios”– puede más que la atracción del que nos llama a explorar a su lado nuevos caminos.

Otro insomnio es el del “frío en los conventos” y no por bajar el consumo energético, sino por descuidar esos gestos esenciales de proximidad, cordialidad e interés de unos por otros que crean una comunidad. Quedan aún en nuestras relaciones residuos tóxicos de lo que antes se consideraba propio de personas “espirituales” y “religiosas”: ser cumplidores y distantes, sin implicarnos afectivamente, manteniendo un trato acartonado y usando palabras



que ya nadie entiende. “Tiene delito” esto de que Dios esté empeñado en ser humano y nosotros en ser espirituales (¿?).

Y para testar nuestro grado de calidez relacional, bastaría pasarle el antivirus a nuestras reacciones y comportamientos con las personas que abandonan la congregación.

Te sirves con frecuencia del humor en tus reflexiones, ¿tiene la vida consagrada buen humor?

Para ejercitar ese humor que tanta falta nos hace, podríamos empezar por “bajarnos del burro” y mirar de lejos nuestro frenesí iden-

titario: «los Siervos Conversos de la Dolorosa defendemos que los sutiles matices de nuestro carisma lo convierten en algo único y absolutamente diverso de la de los Esclavos Penitentes de las Angustias. Las Canonisas Descalzas del Divino Niño nos negamos a unir nuestro colegio al de las Canonisas Calzadas del Santo Infante por considerar incompatibles nuestros estilos educativos. Fray Anselmo –del ala progresista de los Hermanos Seráficos de la Purísima–, vota NO al documento capitular porque los del ala conservadora han cambiado el adjetivo “prioritario” por

“preferente” al hablar de la opción por los pobres. Sor Genoveva y algunas otras Scoraffinianas de San Adalberto (del Padre Adalberto Scoraffini), estudian la posibilidad de escindirse de la congregación porque, a su parecer, se está desviando de la inspiración original del fundador».

¿No nos sentimos mucho mejor en cuanto tomamos distancia de nosotros mismos?

¿Hacia dónde vamos los consagrados? ¿Qué valoración haces de los procesos de reorganización emprendidos?

La pregunta adónde vamos los consagrados, solo tiene como respuesta posible aquella del Apocalipsis: “Señor mío, tú lo sabrás...”. Pienso que son ya valiosos de por sí los trabajos de reorganización, pero hay otras “reorganizaciones” que me parecen más urgentes y que nos tocan más adentro.

Por ejemplo: encontrar un modo disidente de concebir y practicar ese “buen vivir” omnipresente en nuestra cultura y pensar caminos de armonización con la “cultura de la abnegación” que impregnaba hasta hace poco la espiritualidad de la vida consagrada y que hoy parece obsoleta. Una propuesta



imaginaria: acudimos a un mercadillo temático sobre “Buena Vida” en el que se ofrecen distintos productos para acceder a ella: gastronomía, espiritualidad, estética, cultura, viajes, espectáculos, *mindfulness*, vivienda o cuidado del cuerpo... Hemos decidido participar como vida consagrada ofreciendo propuestas, alternativas, plantando nuestro tenderete de ofertas: *Consiga el buen vivir practicando Sobriedad, Desapego, Esfuerzo, Determinación, Combate, Descendramiento, Exceso...*

Y preguntarnos por las explicaciones que daríamos a quienes visitaran nuestro puesto.

¿Se puede ser consagrado o consagrada mayor y vivir con esperanza?

La vejez tiene una “cara norte” con sus fastidios, limitaciones y pérdidas, pero también una “cara sur”: la posibilidad de vivirla como una experiencia parecida a la de Zaqueo en su encuentro con Jesús (Lc 19). En el comienzo de la escena los dos estaban activos y los verbos son de movimiento pero, al final, ya bajo el mismo techo, aparece el verbo *katalyo* “hospedarse, descansar”, y también lo que hace un viajero al llegar a un albergue: avía las bestias en



la cuadra y sube luego al cuarto de huéspedes para cenar con tranquilidad. Jesús y Zaqueo están ya juntos con todo arreglado, con todo el tiempo del mundo para un encuentro largo y tranquilo. Es un tiempo de intimidad y hospitalidad en el que Zaqueo no hace nada productivo: no negocia, no cobra impuestos, no se ocupa de acrecentar su fortuna, no ejerce como jefe de nadie; ha escapado del circuito de la utilidad y ha entrado en el de la significación y en una clave de decrecimiento y pérdida, justo a lo que su Huésped llama ganancia y salvación.

Esta vida de “pensionista a lo Zaqueo” me atrae bastante, la verdad, y tengo la esperanza de sacarle el mayor partido posible.

¿Qué es lo que hace feliz a Dolores Aleixandre hoy?

No ir con prisa, tener más tiempo para rezar, para descubrir nuevas cosas preciosas en la Biblia, para escribir y estar con gente amiga, para hacer pequeños servicios en la comunidad o en el centro intercongregacional en el que colaboro. Y para poder mirar asombrada cómo está floreciendo un bulbo de jacinto que me ha acompañado todo el invierno. 



Viviendo con los abuelos (I): si lo sé no vengo

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Encuentro distendido de algunos religiosos de los más jóvenes. Toma la palabra uno y comparte: “Tengo 33 años. Estoy en plena fase de expansión, de actividad, de compromiso, de energía... y hete aquí que me corresponde compartir mi vida, casi 24 horas, con ¡tres ancianos que podrían ser –por edad– casi mis abuelos!”.

Y es que ser religioso joven en estos tiempos implicaba varias vocaciones dentro de la vocación: una de ellas, a cuidar ancianos, no como labor asistencial necesariamente, pero sí como dimensión fundamental. En muchos casos, se traduce en el día a día en dudas con “el interné”, sacar billetes, tolerar que se repita la misma historia una y otra vez, comprender que la “carrera de cien

metros con salmos” con la que parece que rezamos los oficios tienen también valor, hablar un poquito más alto de lo normal, la comida sin sal...

También hay otras muchas cosas simpáticas, que hay que ir descubriendo: hacerte el contradicho con una tontería simpática, estar pendiente de cuándo tienen que ir al médico para milagrosamente encontrar un rato y ofrecerte a acercarlos, mirar los pastilleros por si se han despistado... “Lo natural” cuando vives con gente mayor. Conste que, en mi experiencia, con los Hermanos con los que me ha correspondido vivir, son una delicia como personas, unos creyentes que ya quisiera yo, y un testimonio sencillo y claro que me hace pedir al Señor “¡llegar como ellos”. Vivir con ellos es un privilegio.

Pero eso no quita que la dimensión de la intergeneracionalidad, por circunstancias históricas y vitales (el aumento de la esperanza de vida, el envejecimiento de la sociedad, la crisis vocacional...) sea un condicionante primordial en las comunidades religiosas actuales. Es parte de la dimensión ascética de la vida cristiana: aprender a convivir con Hermanos con los que no se tiene afinidad, llevar los unos las cargas de los otros, sufrir con paciencia las heridas que nos causan, pasar por alto los olvidos, llevar con paz el aislamiento o postergación de que se es objeto, tolerar los cambios de humor, la incontinencia verbal de unos y los silencios de otros, mantener la templanza ante los egos y un largo etcétera es parte del día a día. ¡No faltan los retos! (*continuará*).

NUEVO



12€

SUEÑOS E INSOMNIOS SOBRE LA VIDA CONSAGRADA

Dolores Aleixandre rscj

ISBN: 978-84-284-0852-3

La noche es tiempo de sueños y, a veces, también de insomnios.

Ser soñadores nos impulsa a caminar, pero permanecer despiertos nos permite entrar en contacto con las inquietudes, esperanzas y sentires que nos habitan y hace nacer en nosotros el deseo de compartirlos.

Este libro ha nacido del convencimiento de que necesitamos conversar sobre ambas cosas -sueños e insomnios- y, a través de ellos, dar espacio a esa Palabra que se esconde, como la perla del Evangelio, en lo más hondo de nuestro corazón y se hace oír en los rumores del mundo.

EL FENÓMENO COMUNITARIO DE LA VIDA CONSAGRADA

Luis Alberto Gonzalo Díez

ISBN: 978-84-284-0820-2



21€

El nuevo paradigma de reorganización no es otra cosa que escuchar la realidad de la vida consagrada actual, y responder a la búsqueda honesta de verdad que en cada una de esas instancias aparecen para su vivir. Hay un camino de vuelta que es imperioso conquistar y es que cada persona recupere el valor de la palabra que un día regaló como respuesta al Señor de la vocación.

¡CRUCEMOS A LA OTRA ORILLA!

Luis Alberto Gonzalo Díez

ISBN 978-84-284-0839-4



14€

Este libro está dedicado a todos los hombres y mujeres anónimos, que creen en su vocación y hacen de cada día un relato de la cercanía de Dios con la humanidad. Porque no se pierden en grandes proyectos llenos de ego, porque tienen su vida apoyada en el Espíritu.



IIª Jornada de Estudio sobre «Abuso de poder y de conciencia»

2ª Sesión - Curso 2022/2023



ABUSO DE CONCIENCIA Y DIRECCIÓN ESPIRITUAL

ANTONIO CARRÓN DE LA TORRE, OAR

25 de febrero de 2023

Bimodal (online y presencial)

16:30 horas

Inscripciones: C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo. 28008 Madrid

+34 91 540 12 73 | whatsapp +34 626 278 077 | secretaria@itvr.org | itvr.org